TH

TIEMPO DE HABLAR
TIEMPO DE ACTUAR

αποροφοβια

TRIMESTRE 4º de 2020

163

www.moceop.net

El silencio del Papa
Casaldáliga, profeta y entusiasmo
Red de ayuda humanitaria
Tiempos convulsos

MoCeOp
Movimiento Celibato Opcional

Coordinadora General:
Tere Cortés
Tfno 916821087
García Lorca, 47
28905 GETAFE
Sector 3 Madrid
Tfno 916821087
www.moceop.net

Coordinador TH
José Luis Alfaro
Clara Campoamor,12
02006 Albacete
Tfno: 967660697
tiempodehablar@ono.com

Equipo de Redacción

Andrés García Fernando Bermúdez
Jesús Chinarro J.A.Fernández
Juani Palacios Andrés Muñoz
Pepe Laguna Joaquin Patón
Lola Gil Pilar Valentín
Ramón Alario Pepe Centeno
Domingo Pérez Deme Orte
Faustino Pérez Enrique Saez

Ayudas económicas
GLOBALCAJA
caja rural de Albacete
Titular: Moceop-
Tiempo de Hablar
3190 0097 93 0009424920

Depósito Legal:
M-283272-1986

Imprime:
Gráficas Cano
Ctra Valencia,10
Albacete
967246266

La aporofobia es el odio, miedo y rechazo a las personas pobres. La pobreza es una característica circunstancial en la vida de los seres humanos y en ningún caso forma parte de la identidad. La pobreza no es una condición permanente de las personas, sino una situación indeseable e injusta, pero superable. La posibilidad de que las personas puedan salir de la situación de pobreza y abandonar la exclusión social tiene un efecto de culpabilización individual de las personas de su situación de pobreza, ya que no se tienen en cuenta las circunstancias sociales, políticas y económicas que influyen en los procesos de exclusión. Las creencias y mitos generados en este proceso de culpabilización son las ideas que subyacen a la aporofobia («están en la calle porque quieren», «tendrían que ponerse a trabajar», «son unos vagos», etc.).

sumario

EDITORIAL
Aporofobia 4

MOCEOP
P. Casaldáliga y J. Podestá 6

LATINOAMÉRICA
Red de ayuda humanitaria 8

INTERNACIONAL
El silencio del Papa 11
Casaldáliga profeta y entusiasmo para curas obreros y casados 13

ENTRELINEAS
Al principio era... 16

UN GRANO DE SAL
APOROFOBIA:
Una reflexión desde la ética 21

SACRAMENTOS DE LA VIDA
34 Samaritanismo

IGLESIA ABIERTA
39 Decíamos ayer..

.

TESTIMONIOS
42 ¿Dónde está la Religión?
45 Me confieso

FE Y CULTURA
47 Mirando a China

HUELLAS
51 Comenzar sin comienzo

RESEÑAS
53 Aporofobia, rechazo al pobre
54 Tiempos convulsos

editorial

αποροφοβια

La aporofobia (del griego áporos 'pobre' y fóbos 'miedo' es el miedo y rechazo hacia la pobreza y hacia las personas pobres. Es la animosidad, hostilidad y aversión, respecto de las zonas o barrios carenciados y respecto de las personas pobres, o sea, frente a aquellas personas que se encuentran desamparadas y con muy pocos recursos.3?

El concepto de aporofobia fue acuñado en los años 1990 por la filósofa Adela Cortina, catedrática de Ética y Filosofía Política de la Universidad de Valencia, para diferenciar esta actitud de la xenofobia, que solo se refiere al rechazo al extranjero y del racismo, que es la discriminación por grupos étnicos. La diferencia entre aporofobia y xenofobia o racismo es que socialmente no se discrimina ni margina a personas inmigrantes o a miembros de otras etnias cuando estas personas tienen patrimonio, recursos económicos y/o relevancia social y mediática.

Lo que no tiene nombre no existe. Por eso es necesario buscar palabras que nos ayuden a definir realidades sociales innegables y cotidianas como el miedo, el rechazo o la aversión a los pobres. Solo así, dando nombre a esa realidad, podremos hacerla presente en el debate social, conocer sus causas, enfrentarnos a ella, buscar soluciones... Eso es lo que pensó la filósofa valenciana Adela Cortina cuando en 1995 preparaba una columna para ABC Cultural en la que denunciaba que, bajo muchas de las actitudes racistas y xenófobas que vemos cada día a nuestro alrededor, late una fobia distinta: la que nos producen los pobres, aquellos que en esta sociedad del intercambio, del dar y recibir, no parecen tener nada que ofrecernos.

Como ella misma explica en su libro «Aporofobia, el rechazo al pobre» (Paidós, 2017), «no repugnan los

orientales capaces de comprar equipos de fútbol o de traer lo que en algún tiempo se llamaban 'petrodólares', ni los futbolistas de cualquier etnia o raza que cobran cantidades millonarias pero son decisivos a la hora de ganar competiciones». «Por el contrario -explica Cortina-, lo cierto es que las puertas se cierran ante los refugiados políticos, ante los inmigrantes pobres, que no tienen que perder más que sus cadenas. (...) Las puertas de la conciencia se cierran ante los mendigos sin hogar, condenados mundialmente a la invisibilidad». «El problema no es entonces de raza, de etnia ni tampoco de extranjería. El problema es de pobreza», concluye.

La existencia de esa «lacra sin nombre» llevó a la catedrática de Ética y Filosofía Política de la Universitat de València a rebuscar en sus diccionarios escolares de griego hasta encontrar el término «áporos» ('pobre', 'sin recursos') y construir, a partir de él, el neologismo «aporofobia». Volvió a emplearlo en otros artículos y conferencias, en libros de texto... y pronto la palabra fue ganando terreno entre las organizaciones sociales y los defensores de las personas sin recursos. Por fin había un término capaz de señalar una realidad lacerante, de hacerla visible.

La Fundación del Español Urgente le dedica una de sus recomendaciones diarias sobre el buen uso del idioma, en la que explicábamos su significado, su utilidad y su formación válida. Varias personas y colectivos pidieron, siguiendo una propuesta de la propia Cortina publicada en el año 2000 en El País, la incorporación de esa voz al Diccionario de la Lengua Española, que se ha producido finalmente. El término llegó incluso a las instituciones: el Senado español aprobó una moción en la que pide la inclusión de la aporofobia como circunstancia agravante en el Código Penal.

Las puertas se cierran ante los refugiados políticos, ante los inmigrantes pobres, que no tienen que perder más que sus cadenas.

moceop

PEDRO CASALDÁLIGA Y JERÓNIMO PODESTÁ ILUMINAN NUESTRO CAMINAR EN MOCEOP

Ha muerto Pedro Casaldáliga: un creyente, un fiel seguidor de Jesús de Nazaret, un testigo del Evangelio vivo en nuestros días, un verdadero pastor , no sólo "con olor a oveja", cercano a su pueblo, sino uno más de ellos, compartiendo en todo su vida, sus sufrimientos y sus luchas por la liberación .

Casaldáliga ha acompañado desde sus comienzos el camino de MOCEOP . Él ha iluminado nuestro caminar y marcado el rumbo por el que debíamos de marchar.

De él hemos aprendido que es fundamental dar testimonio de nuestra fe en el compromiso con los hermanos, especialmente con los más desfavorecidos de la sociedad. De él hemos aprendido a denunciar todas las injusticias y a luchar por un Mundo más justo y solidario. De él hemos aprendido que este sistema económico neoliberal, que es el capitalismo, no tiene salida y hay que construir otro, donde el centro sea la persona y donde todos los hombres puedan vivir con la misma dignidad y los mismos derechos.

Hemos aprendido de él que la utopía cristiana, de un Mundo donde todos podamos ser de verdad hermanos, se pueda ir haciendo realidad, pese a la oposición de las fuerzas del mal y donde la libertad no sea una palabra vacía, sino algo tan necesario como el aire que respiramos.

De él hemos aprendido a ser solidarios con todas las luchas de liberación que se puedan dar en cualquier lugar del planeta, porque nuestra patria es el Mundo.

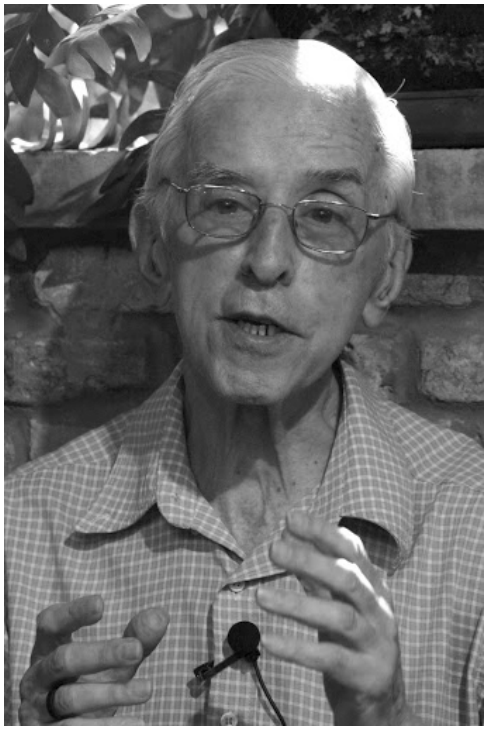
También de él hemos aprendido a luchar por construir una iglesia más evangélica, lejos del poder, del dinero, del prestigio social, viviendo muy austeramente, y a enfrentarnos a nuestros superiores cuando éstos no se comportan con criterios del evangelio, sino que obedecen a intereses económicos, diplomáticos u otros intereses espúreos. Él impulsó la Teología de la Liberación y el movimiento de comunidades eclesiales de base que también nosotros hemos asimilado en nuestra practica cristiana. De él hemos aprendido a ser coherentes entre nuestra forma

de pensar y nuestra forma de vivir.Sobre el celibato él lo tenía claro:
Cuando alguno de sus pocos sacerdotes le decía que se retiraba para casarse, reunía a la comunidad y les planteaba que no podía mandarles a otro, pero si admitían al que tenían, en su nueva condición, como casado, se los dejaba. Las comunidades siempre lo aceptaban.

Ël ha sido uno de los muchos grandes referentes que hemos tenido en MOCEOP junto a otros muchos: Óscar Romero, Hélder Cámara, Méndez Arceo, Leónidas Proaño, Angelelli, Samuel Ruiz y nuestro querido Jerónimo Podestá.

Jerónimo Podestá
Curiosamente, el mismo día que fallecía Casaldáliga, hemos celebrado el 100 aniversario del nacimiento de Podestá, con un acto importante por video conferencia, en el que han participado importantes personalidades de varios países del Mundo, como Estela de Carlotto, abuela de la Plaza de Mayo, Leonardo Boff o Adolfo Perez Esquivel por citar algunos de ellos.

Por parte de Moceop y de la Federacion Internacional de Curas Casados también intervino nuestro compañero Ramón



Alario.

Jerónimo fue una persona comprometida con su pueblo, impulsó el movimiento de curas obreros, sufrió persecuciones por parte de las autoridades políticas de la dictadura argentina y también incomprensión por parte de sectores de la jerarquía. Cuando decide casarse con su esposa Clelia, impulsó con su presencia y su compromiso , el Movimiento de curas casados a nivel internacional, que ya estaba presente en varios países del Mundo y llegó a ser presidente de la Federación Latinoamericana de curas casados. Estuvo varias veces en España reuniéndose con grupos de curas casados animándonos a seguir con nuestro testimonio cristiano y nuestra inserción en comunidades cristianas de base.

También hemos aprendido mucho de teólogos que nos han acompañado en nuestra actualización teólogica, cuyos nombres están en la mente de todos y que son varios.

Nos parecía justo hacer esta semblanza de estos grandes profetas de nuestro tiempo que tanto nos han ayudado para nuestro caminar y para nuestras vivencias cristianas en MOCEOP. Nuestra misión es llevar a nuestra práctica diaria estas vivencias profundamente evangélicas que ellos nos transmitieron.

OTRO MUNDO ES POSIBLE, OTRA IGLESIA TAMBIÉN

UNA RED DE AYUDA HUMANITARIA DE EX CURAS Y CRISTIANOS DE BASE EN AMÉRICA LATINA COMBATE LOS EFECTOS DE LA PANDEMIA

Guillermo Schefer (Argentina)

En los medios de comunicación social se habla mucho de que la gente de Iglesia solo se preocupa del culto (judíos que hacen casamientos, evangélicos que hacen cultos a puertas cerradas, curas y fieles católicos que piden «que les devuelvan las misas»).

Pero hay miles de cristianos en nuestro continente comprometidos desde lo humanitario a los que no solo les interesa reunirse en los templos, sino que están conteniendo la situación de los que padecen todo tipo de necesidades en esta pandemia y también brindan contención desde lo afectivo y espiritual.

Ya hace un tiempo se ha creado la **Red Latina SocioPastoral que surge desde la Federación Latinoamericana de Sacerdotes Casados,** fundada por el ex obispo de la ciudad de Avellaneda (Argentina) Jerónimo Podestá, quien renunció a su episcopado para casarse y dedicarse a luchar por el celibato optativo en la Iglesia y a trabajar en la defensa por los Derechos Humanos.

La Red está integrada por ex curas, pastores, voluntarios cristianos, obispos anglicanos, sacerdotes católicos y mujeres que llevan adelante proyectos emancipadores en la búsqueda por la justicia y de repensar el mundo después de esta crisis sanitaria a raíz del Covid-19.

Hoy integran la red personas de 18 países: Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, México, Panamá, Paraguay, Perú, Puerto Rico, Uruguay y Venezuela.

Según cifras que maneja la Federación Latinoamericana de Sacerdotes Casados, serían 150.000 ex curas en todo el mundo, y 12.000 hombres altamente formados tanto en lo intelectual como en lo humano que ya no ejercen

Familiares con mascarillas hacen consultas para poder despedir a sus seres queridos en un cementerio de Guayaquil (Ecuador)

el sacerdocio sino que lo hacen en otras iglesias y organizaciones de la sociedad civil, especialmente dedicados y con vocación de servicio en esta pandemia COVID-19.

Son ex curas y compañeras de lucha por todo el continente, que comparten fe y vida en historias que tienen como denominador común la formación eclesiástica y la militancia en una Iglesia que, más allá de los cambios propuestos por el Papa Francisco, aún conserva una mirada muy conservadora para los reclamos que pide el mundo actual.

En la Argentina, Adrián Vitali, ex cura cordobés, dice que «con un grupo de amigos juntamos mercadería para llevar a los cortaderos de ladrillos donde viven familias bolivianas con muchos niños. Por la cuarentena las obras de construcción están paradas y no pueden vender los hornos de ladrillos que realizaron.

Asimismo S**andra Nancy Mansilla**, radicada en Ciudad de Buenos Aires, educadora popular, integrante de la Comunidad Teológica RAJAB, transmite su experiencia en medio de esta crisis sanitaria: «Nuestra Comunidad actualmente se encuentra abocada a trabajo humanitario de asistencia a familias, mujeres, niños y jóvenes en Tucumán, Santa Fe, CABA. También hemos desarrollado conferencias virtuales referidas a la Salud de las Mujeres, sus dificultades del mundo del trabajo, la violencia sexual, los derechos reproductivos, la salud ambiental».

En Chile, Rodrigo Santibáñez, integrante del grupo de sacerdotes casados chilenos Betania, que se reunían antes de la crisis del coronavirus mes por medio en un convento a compartir, dice: «Acá ya vamos en 2 meses sin trabajo permanente de las personas de barrios más vulnerados y con menos recursos. Toda la capital y algunas ciudades de provincias están en cuarentena obligatoria».

El lema que se ha estado escuchando crecientemente es «el pueblo ayuda al pueblo».

La emergencia del coronavirus se extiende por Cuba

Hay algunas parroquias que en su territorio organizan ayudas, pero no se percibe algo más sistemático… Coincidíamos en que los creyentes se organizan, llevan la batuta y no esperan al clero. Los ex curas han estado insertos en esas organizaciones, juntas de vecinos, grupos reunidos alrededor de capillas.

En Costa Rica Rafael Villalobos, ex misionero de una congregación, trabaja con campesinos, en comunicación con varias familias del proyecto Tierra Fértil: «Hemos buscado ayudarles en situaciones complejas que están viviendo en estos momentos del coronavirus».

El proyecto llamado «Mi casa es mi Huerta» tiene como objetivo brindar herramientas a las familias necesitadas para que puedan cultivar en espacios reducidos vegetales y hortalizas que les puedan ayudar para su consumo y en lo posible como un ingreso económico.

En Ecuador, Francisco Jara Peña, ex cura católico, de la Arquidiócesis de Cuenca, cuenta que se unió «a la Iglesia Católica Nacional Anglicana, trabajando en la contención social y pastoral junto a 22 colegas de las ciudades de Guayaquil, Quito y Zamora». Es actualmente obispo auxiliar de esa iglesia nacional en Cuenca, llegando a 3.500 personas en las zonas marginales asistiéndolas con alimentos y atención espiritual a través de las redes sociales.

En Cuba Osmanys Denis Pérez, ex fraile franciscano católico, cuenta que es común en Cuba reunirse con los vecinos para orar. Con la llegada de la pandemia algunas personas echan de menos reunirse y también es una cuestión social y no solo de alabanza.

Mucho sospecho yo que estamos asistiendo al surgimiento de un nuevo modelo de Iglesia o volviendo a los orígenes de ella… Se han organizado grupos sobre todo de jóvenes de la iglesia para llevar los alimentos, las medicinas o hacer recados a personas mayores solas o que tienen factores de riesgo y no deben salir de casa. Creo que los gestos de estos días dicen mucho más que todos los sermones y homilías escuchados hasta hoy.

En Puerto Rico Carlos Ramírez González, 79 años, ex cura católico del movimiento de sacerdotes casados portorriqueños, cuenta: «Nosotros como grupo o comunidad de ex curas hemos estado concentrados cada uno, individualmente, en aprendizajes familiares. Nuestra edad avanzada nos obliga a la separación física de grupos y al cuidado de nuestros ancianos. Nos comunicamos por celulares y por internet».

La Villa 31 de Buenos Aires, durante la expansión del coronavirus

Habrá que seguir trabajando más allá de las creencias, con el compromiso de saber leer las diferentes tendencias imperialistas que pretenden aprovecharse de esta pandemia para posicionarse y no creo que sea sólo el imperialismo de tipo capitalista, sino que hay y habrá otros intentos de neoimperialismos en América Latina y en cada país en particular.

internacional

EL SILENCIO DEL PAPA FRANCISCO ANTE LA MUERTE DE PEDRO CASALDÁLIGA.

Extraña y mucho, el significativo silencio del papa Francisco ante la muerte del obispo Pedro Casaldáliga.

¿Qué puede haber detrás de este silencio? No lo sabemos, pero duele que Pedro, que ha hecho realidad desde hace muchos años lo de ser «una Iglesia en salida», una persona que ha sido testigo fiel de Jesús en medio de los más pobres de la Amazonía, defensor de los derechos humanos de los indígenas y los más desfavorecidos, que ha vivido honestamente, podemos decir en grado heroico su fe, con una gran coherencia en su forma de vida y con gran austeridad, como enseña Jesús, y que ha muerto entre los más pobres, del modo más sencillo, no haya sido siquiera mencionado para nada por Francisco.

¿A qué se debe este silencio? ¿Qué fuerzas ocultas han podido actuar, bien desde los poderes políticos, económicos o eclesiales, para que Francisco no haya dicho ni una sola palabra? ¿Es posible que vivir toda una vida tan evangélicamente provoque este silencio?

Pedro, con sus actitudes proféticas y valientes contra los terratenientes y su defensa a ultranza de los indígenas y desposeídos, tuvo serios problemas con las autoridades del país. Muchas veces estuvo amenazado de muerte.

Pero también Pedro supo plantar cara al Vaticano y al mismo papa Juan Pablo II en aquella carta larga que le escribió en 1986. En 1988 fue llamado al Vaticano a rendir cuentas sobre su conducta y orientación pastoral y cuando, al jubilarse, quisieron sin éxito trasladarlo fuera de Sao Félix de Araguaia tuvo que plantarse con valentía y resistir. Y digamos también que fue especialmente molesto para otros obispos brasileños y algunos cardenales porque no le perdonaban su apuesta decidida por la Teología de la Liberación.

¿Será por todo ésto el motivo del silencio de Francisco?

No lo sabemos. Sólo tenemos preguntas. Pero todo el Pueblo de Dios quiere tener una explicación a este silencio.

Despues de escribir el anterior texto recibo una importante información documentada sobre lo único que sabemos que Francisco ha dicho sobre ello. No ha sido en público, pero sí lo ha hecho a través del Nuncio de Brasil.

Os dejo aquí el documento de la Nunciatura apostólica en portugués que no es muy difícil traducir al español.

El nuncio le escribe al actual obispo de Sao Félix de Araguaia Adriano Ciocca Vasino trasladándole su mensaje de condolencia en este momento de dolor ante la noticia del fallecimiento de Pedro Casaldáliga, certificándole su solidaridad y, unido a la prelacía de Sao Félix de

Araguia; encomienda a la misericordia divina a aquel que fue su pastor por casi 35 años, para que entre en la paz y la alegría eterna de su Señor, a quien dedicadamente sirvió sobre todo a través de la defensa de los más necesitados de todo corazón. El Papa Francisco envía la bendición apostólica al clero, a los fieles de Sao Félix de Araguaia y de todo Brasil y a cuantos participan de los sufragios en la esperanza de la Resurrección final.

Copio las palabras de Pedro J. Larraia: "Ha muerto Pere Casaldáliga y el Papa no ha dicho nada". "Casaldàliga no es una leyenda por haber escalado todos los ochomiles de la vida, sino por haberse convertido él mismo en un ochomil"

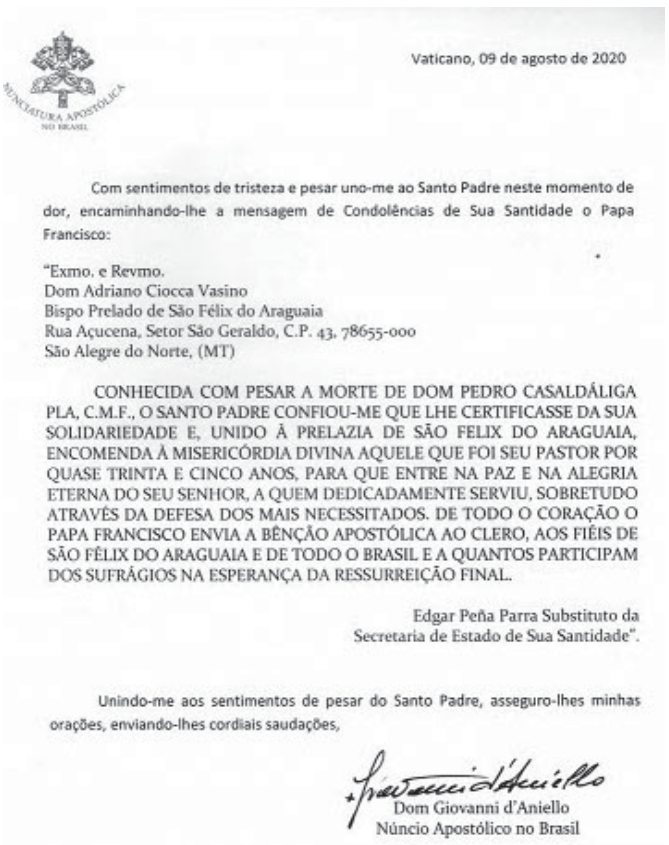
Ha muerto Pere Casaldàliga y el Papa no ha dicho nada.

Hay montañeros que tratan de hacer cumbre en todos los picos superiores a los ocho mil metros que hay en el mundo. Quienes lo consiguen se convierten en leyenda. Casaldàliga no es una leyenda por haber escalado todos los ochomiles de la vida, sino por haberse convertido él mismo en un ochomil.

Ha vivido de una manera tan estremecedora el seguimiento de Jesús que cuando se aproxima uno a su vida se queda sin aliento, da vértigo. En él no hay diferencia entre lo divino y lo humano. Integró sin la menor dificultad ambas dimensiones, precisamente porque son la misma. Y lo hizo desde la autenticidad que siempre le acompañó y que tanta libertad le dio.

Fue un gigante cuya vida se irá imponiendo más y más a medida que vaya pasando el tiempo, porque acuñó una manera de ser pastor sin huir de la realidad.

Por eso extraña tanto el silencio de su colega, el obispo de Roma.



NUNCIATURA APOSTÓLICA
NO BRASIL

Vaticano, 09 de agosto de 2020

Com sentimentos de tristeza e pesar uno-me ao Santo Padre neste momento de dor, encaminhando-lhe a mensagem de Condolências de Sua Santidade o Papa Francisco:

"Exmo. e Revmo.
Dom Adriano Ciocca Vasino
Bispo Prelado de São Félix do Araguaia
Rua Açucena, Setor São Geraldo, C.P. 43, 78655-000
São Alegre do Norte, (MT)

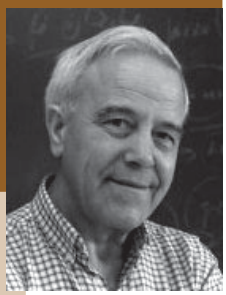
CONHECIDA COM PESAR A MORTE DE DOM PEDRO CASALDÁLIGA PLA, C.M.F., O SANTO PADRE CONFIOU-ME QUE LHE CERTIFICASSE DA SUA SOLIDARIEDADE E, UNIDO À PRELAZIA DE SÃO FELIX DO ARAGUAIA, ENCOMENDA À MISERICÓRDIA DIVINA AQUELE QUE FOI SEU PASTOR POR QUASE TRINTA E CINCO ANOS, PARA QUE ENTRE NA PAZ E NA ALEGRIA ETERNA DO SEU SENHOR, A QUEM DEDICADAMENTE SERVIU, SOBRETUDO ATRAVÉS DA DEFESA DOS MAIS NECESSITADOS. DE TODO O CORAÇÃO O PAPA FRANCISCO ENVIA A BÊNÇÃO APOSTÓLICA AO CLERO, AOS FIÉIS DE SÃO FÉLIX DO ARAGUAIA E DE TODO O BRASIL E A QUANTOS PARTICIPAM DOS SUFRÁGIOS NA ESPERANÇA DA RESSURREIÇÃO FINAL.

Edgar Peña Parra Substituto da
Secretaria de Estado de Sua Santidade".

Unindo-me aos sentimentos de pesar do Santo Padre, asseguro-lhes minhas orações, enviando-lhes cordiais saudações,

+Giovanni d'Aniello
Dom Giovanni d'Aniello
Núncio Apostólico no Brasil

«CASALDÁLIGA, PROFECÍA Y ENTUSIASMO ALENTADOR PARA CURAS OBREROS Y CASADOS»



Julio P. Pinillos

Justo al mes de su muerte, cuando ya se ha celebrado oficialmente su memoria, se ha rebajado un poco su impacto mediático y han hablado muchos de los que le conocieron y estudiaron más intensamente, me surge del alma este canto-oración agradecida al creyente, profeta y amigo «con tantos nombres dentro en el corazón», Pedro Casaldáliga.

Escuché directamente de Pedro su poema «Señor Jesús»: *«Mi Fuerza y mi Fracaso eres tú. Mi Herencia y mi Pobreza. Tú mi Justicia, Jesús... La Pascua de mi Pascua, nuestra gloria por siempre, Señor Jesús!»*. Así lo sintetizó: Cristo y yo, mayoría absoluta, con Cristo somos mayoría. «Es el mejor comentario que he oído al grito de San Pablo en su carta a los Romanos, capítulo 8: ¿Quién podrá separarnos de amor de Cristo: la persecución, la muerte...?, me comentaba Juan Barreto, gran biblista canario del equipo de Juan Mateos.

Me alegra mucho arrancar de este poema de Casaldáliga porque lo siento como en el origen de su compromiso profético y místico, acompañado ciertamente de su pasión por el Reino con «sus» causas ineludibles: (la causa indígena, la de los pobres, la de la tierra, la causa de las mujeres, la de la Iglesia, la causa del diálogo interreligioso...) y de su fuerza de voluntad inquebrantable madurada en los años de familia y de formación y acrisolada por la exigencia de su compromiso radical con el pueblo-Iglesia de Sao Felix do Araguaia-Mato Grosso-Brasil-el mundo.

Solo pretendo agradecerle a Pedro lo que me aportó no solo a mí y a mi familia (¡gracias por la semana que Emilia y yo compartimos contigo («el abuelo Pedro», para mis hijas) en tu casa-catedral de Sao Felix do Araguaya!) sino también a tantos y tantas que a través de dos Movimientos de Iglesia, que tuve la dicha de vivir y trabajar a fondo, recibieron el impulso y aliento lúcidos de Pedro, en tiempo de tormenta: «los curas obreros» y el «Moceop» - «Federacion Internacional de Sacerdotes Católicos Casados».

LOS CURAS OBREROS

Su significado y legado histórico. Su compromiso con la clase obrera: Aquellos curas obreros de Europa que, renunciando a la paga del estado procuraron ganar su «modus vivendi» con el trabajo de sus manos como el común de sus feligreses y optaron por ir a las fábricas, hospitales, albañiles, pintores de brocha gorda, barrenderos, taxistas, minas, puertos y otros tantos servicios …, no lo hicieron para «hacer una experiencia pastoral» sino para compartir sencillamente la vida del trabajo y la defensa de los derechos laborales por sentido social y evangélico.

Con ello contribuyeron a reducir la separación histórica entre la Iglesia y el mundo obrero más allá de los temores que con excesivo celo manifestó el entorno del Papa Pío XII. Así fue cómo el mundo-movimiento obrero nos acogió como compañeros e interlocutores válidos y comprometidos. Además su compromiso con el mundo obrero y con la Iglesia de Jesús contribuyó a la recuperación de la fuerza liberadora de la Palabra del Evangelio que la Iglesia, de tanto abusar de ella, había perdido en la mayoría del pueblo obrero y a preparar de este modo los Documentos Conciliares «Gaudium et Spes» sobre las relaciones Iglesia-Sociedad y «Presbiterorum

Ordinis» que acogía el ministerio de los curas obreros al servicio de comunidades adultas y «corresponsables».

Aliento y fuerza de Casaldáliga: No era fácil en la situación de la Iglesia española de entonces, con honrosas excepciones proféticas que agradezco y resalto en mi libro, encontrar aliento y apoyo al tipo de cura que emanaba del Movimiento europeo de Curas Obreros y de las comunidades que iban surgiendo en Europa. Estábamos en el pontificado de Juan Pablo II, el primer Congreso nacional de curas obreros de España se celebró en 1982, y el Papa hermano Francisco tardaría unos años en llegar.

Se me encomendó que escribiera un libro recogiendo las experiencias sencillas y el pensamiento eclesial y pastoral de «Los Curas Obreros en España» –así lo titulé-. Y para su epílogo me atreví a pedir unas palabras de aliento a Pedro a quien había visitado años atrás. Y llegó a raudales su profecía y su entusiasmo alentador que a su muerte vibra aún con mayor vigor y emoción:

«El desafío de la evangelización, en este principio del siglo XXI, como en todos los siglos, por lo demás, continúa siendo cómo salir con el Evangelio al encuentro de «lo proletario» de este mundo. «Lo pequeño», de que habla el Evangelio. «Los leprosos» de cada época. «La plebe sucia» que en cada época los poderes del dinero, de la política y de la religión despreciam olímpicamente...» «En una palabra, el tema es la evangelización en ese inmenso mundo de hoy, que se le escapa a la Iglesia. Ya se ha repetido insistentemente que no es que la clase obrera se alejase de la Iglesia; que fue la Iglesia la que se alejó de la clase obrera. Como se está advirtiendo que esta misma Iglesia, que perdió la clase obrera, está perdiendo la mujer y la juventud, por alejarse de la mujer y de la juventud...».

«...Los curas obreros significan una experiencia revulsiva en eclesialidad, en ministerialidad, en solidaridad y convocan, hoy todavía más que ayer, para otra eclesialidad, otra ministerialidad y otra solidaridad...».

«...Con ellos la Iglesia «salía al encuentro» y sin banderas, despojada; haciendo de la Encarnación el gran paradigma pastoral. Esos sacerdotes se hacían pueblo, renunciaban al estatus clerical. Sacerdotes obreros ha sido el primer gran intento de desclericalización... Gracias, Julio. Gracias, a todos vosotros, queridos curas obreros de ayer, de hoy y de mañana». (Pedro Casaldáliga, Obispo de São Félix do Araguaia, MT, Brasil).

(A la mente me viene ahora ese precioso poema tuyo que tú viviste en plenitud: «No tener nada, no llevar nada, no poder nada, no pedir nada...Solamente el Evangelio como una faca afilada y el llanto y la risa en la mirada...¡Y mais nada¡»)

LOS CURAS CASADOS

Su significado y legado histórico. Fue su lema central: En busca respetuosa de otras formas presbiterales no necesariamente célibes ni clericales al servicio de las Comunidades cristianas ya que ellas han de ser el referente.

A los diez años del nacimiento (París, 1986) de la Federación internacional ya había reflexionado y acuñado seis ejes centrales –unos de contenido doctrinal y otros de carácter operativo- de capital importancia para el mundo pastoral y ministerial en renovación permanente. El primero «Sobre el Celibato opcional pastoral»: *«Es un don-carisma tan grande como el del matrimonio libremente decidido, ya que la medida está en la capacidad de amor-perdón-gratuidad que llene nuestra*

vida...» El segundo «Sobre el cura»: «Lo significativo del cura no es el celibato, sino la triple pasión vivida cada día: por el Evangelio de Jesús y su Reino, por el pueblo con el que vive y por la Comunidad-Eucaristía que ha de convocar significativamente. El tercero «Sobre la comunidad»: «Ella es el lugar y el hábitat natural en el que toman sentido y maduran tanto el celibato como el cura»...

Sobre la acogida a los curas casados: «Es más del Evangelio acoger a los curas casados y a sus comunidades -que así lo manifiesten- que mandarles al psicólogo por inmaduros al haberse enamorado. El quinto: sobre la revisión necesaria de la ley del celibato: Cuando en una Organización como la Iglesia, una quinta parte de sus curas (80.000 según información vaticana) manifiestan disconformidad razonada y documentada con algún punto importante y debatible de sus «Estatutos», debe procederse la diálogo y a la revisión en lugar de a la condena». Sexto: «Siempre informando y en diálogo con los Obispos y con el Vaticano a la espera de su orientación y contestación...(¡Casi siempre nos llegaba en forma de silencio y de no valoración del esfuerzo teológico y eclesial que estábamos haciendo en cuatro Continentes de cara a los ministerios, a la mujer y a las comunidades en la Iglesia -como si se intuyera ya el Sínodo de la Amazonia...!).

IV Congreso Internacional: Tuvo lugar en Brasilia en el verano de 1996 con el impulso y el carisma aportado por sus 300 participantes, de 34 países de cuatro Continentes y por sus conferenciantes de peso –entre ellos Leonardo Boff- que nos ayudaron a ahondar en lo que era el tema central del Congreso: «Qué presbíteros para qué comunidades». Pareció importante –especialmente a los españoles- visitar previamente a Pedro para conversar a fondo sobre los ejes del Congreso y pedirle un mensaje de apoyo a tal Evento socio-eclesial. Esta gozosa tarea se me encomendó a mi, como presidente de la Federación Internacional. Una semana entera en Sao Felix do Araguaia, en casa de Pedro, de tía Irene y demás «ocupantes», dio para mucho en línea de convivir en hogar, orar y dialogar sobre tantos temas vivos como Pedro y aquel ambiente suscitaban. Fue una ocasión formidable –aunque sencilla- para que Pedro dejara traslucir, al responder a las preguntas que le habíamos pasado días atrás, toda su fuerza profética. y mística de testigo convincente:

1.- ¿Qué ministros y presbíteros para nuestra Iglesia?: «Debemos relativizar los ministerios para absolutizar el Ministerio. El gran Ministerio de la Iglesia de Jesús es el Ministerio del Reino-Diaconía del Reino. Como hizo Jesús... y a partir de ahí los ministerios que hagan falta «consagrados y no consagrados» (no me gusta la palabra consagrados aplicada al obispo, sacerdote, diácono... Como si los demás no fueran consagrados. Quiero decir ministerios multiplicados y plurales adaptándose a las distintas comunidades e, incluso, a distintas culturas...».

En ese momento conecté con aquel poema de Pedro: «Acuérdate de Jesucristo, resucitado de entre los muertos». «(Me acuerdo muy bien de Él. A todas horas. Me acuerdo de Él buscándole en toda cosa, en todos..)» « En Él nuestras penas»... («La soledad innata donde crezco como un tallo de menta, la soledad del mundo. La justicia llorada inútilmente..») «En Él nuestra Paz»... («La paz pedida siempre, la paz nunca lograda»...)

2.- ¿Convicciones y actitudes fundamentales para el ministro-presbítero?: «Jesús propiamente ni siquiera eligió ministros...Ante todo y sobre todo Jesús designó testigos, testigos de su propia vida, de su muerte y de su Pascua, testigos del Reino». Muy claro dejó Pedro el alcance de la palabra «testigo», en su poema: «Me llamarán

subversivo y yo diré lo soy: por mi pueblo en lucha vivo, con mi pueblo en marcha voy»...

3.- **«Siempre dentro de la Iglesia, hacedlo todo dentro de la Iglesia».** «No caigáis en la tentación de hacer otra Iglesia...Yo siempre decía que la revolución hay que hacerla desde dentro, no desde fuera. Lo digo muchas veces a los grupos sindicalistas, que son también gente de Iglesia: cuando vosotros queréis mejorar el sindicato ¿Os salís de él? ¿O más bien hacéis resistencia y oposición desde dentro. Esto es igual, una especie de resistencia eclesial...».

4.- «¿La mujer en la Iglesia?»: «Sería un puente natural el de la ordenación de la mujer para los ministerios mayores que, a mi entender, es una exigencia no solo de los tiempos, sino de Espíritu». En otro momento, fuera de esta entrevista y referido a la mujer en la Iglesia, escuché a Pedro: «Confío en el Espíritu y para bien de la Iglesia que vendrá otro Papa que dirá otra palabra definitiva...diferente» (en alusión a lo que Juan Pablo II había dicho sobre la ordenación de la mujer).

5.- «¿La comunidad?»: Ya nos había dicho que la «Comunidad toda ella corresponsable» debe ser el lugar y agente de cambio del ministerio presbiteral. Pero al referirse a los pasos concretos que debería procurar añadió: «Sería más justo y hasta más caritativo –si pensamos en la iglesia universal- que sean las comunidades particulares quienes vayan adoptando sus gestos, sus posturas, sus medidas, desde la base y con las experiencias que crean que deben hacer»

De maravilla resume el gran teólogo y alentador de tantas comunidades, Leonardo Boff, el homenaje que nuestra Iglesia y Sociedad debe a Pedro Casaldáliga: «Cuando los tiempos actuales perturbados hubieren pasado, cuando las desconfianzas y mezquindades hubieren sido engullidas por la vorágine del tiempo, cuando miremos para atrás los últimos años del siglo XX y los comienzos del XXI, identificaremos una estrella en el cielo de nuestra fe, rutilante, después de haber parado nubes, soportando oscuridades y encendiendo tempestades: es la figura simple, pobre, humilde, espiritual y santa de un obispo que, extranjero, se hace compatriota, distante se hace prójimo y prójimo se hace hermano de todos, hermano universal: D. Pedro Casaldáliga». (Leonardo Boff).

Pedro, aún estamos en el camino. Tu compromiso profético y místico de lo Real «desde lo proletario de este mundo, de lo pequeño de que habla el Evangelio, los leprosos de cada época, la plebe sucia...» sigue inspirándonos. Gracias. Me alienta acabar mi testimonio agradecido recordándote en tu poema: «Epílogo abierto»:

«Yo me atengo a lo dicho:
La Justicia,
A pesar de la Ley y de la Costumbre,
A pesar del Dinero y de la Limosna.
La Humanidad,
Para ser yo, verdadero.
La Liberad,
Para ser hombre.
Y la pobreza
Para ser libre.
La Fe cristiana,
Para andar de noche,
Y, sobre todo, para andar de día.
Y, en todo caso, hermanos,
Yo me atengo a lo dicho:
¡La Esperanza!»

AL PRINCIPIO ERA… UN CORONAVIRUS «MICROMITOS» PARA UNA PANDEMIA

Pepe Laguna

A quién no le hubiese gustado sentarse en la primera fila del gran espectáculo de la Creación: «En un principio era…». Maravillarse cuando las aguas de abajo y arriba ocuparon su lugar definitivo y en el firmamento aparecieron el Sol, la Luna y las estrellas. Disfrutar de la aparición de toda suerte de seres vivos. Sobrecogerse al ver a Dios modelar con barro a Adán y Eva…

Para muchos nuestra situación actual de pandemia tiene algo de tiempo fundacional. El mundo -dicen- ya no volverá a ser el mismo y en el horizonte se atisba una «nueva normalidad» por inaugurar. Estamos en el epicentro de una ruptura epocal que dividirá la historia en un inédito a.c. y d.c. (antes y después del coronavirus).

Todos los momentos fundacionales son tiempos míticos. Construyen relatos arquetípicos que ordenan una realidad en sí misma inconexa mientras destilan gotas de saberes esenciales que se transmitirán de generación en generación. La fortaleza de los mitos no reside tanto en lo que describen como en lo que prescriben. Las narraciones míticas tienen poco que decir sobre el qué y el cómo de la realidad - salvo un puñado de creacionistas, nadie en su sano juicio sostendrá que el mundo se originó en siete días-, pero son especialmente reveladores exponiendo el por qué, el para qué y el hacia dónde de lo que ocurre. Como narraciones de sentido que son, roturan itinerarios de comprensión y sugieren horizontes de acción. Poco importa que el universo no se creara realmente en una semana, lo determinante es el aprendizaje sapiencial que nos recuerda nuestra interdependencia ecosocial y la responsabilidad ineludible de cuidar el regalo de la creación.

Los mitos necesitan cientos de años para que las múltiples narraciones que se mezclan en su masa lleguen a fermentar en un relato de sentido socialmente significativo. Con o sin coronavirus, nosotros no viviremos lo suficiente para escuchar los mitos que en esta pandemia comienzan su proceso de fermentación y, desgraciadamente, no sabremos qué aprendizajes esenciales sobrevivirán a este momento presente. Pero sí podemos detenernos a analizar los pequeños relatos de sentido («micromitos») que ya intentan poner orden a una realidad que percibimos desconcertante y caótica. Esa es, como ya hemos dicho, la misión principal de los mitos de todos los tiempos: ordenar en un relato coherente los elementos que la realidad desnuda muestra de forma silente. En ausencia de

un relato mítico que enhebre los datos, la foto fija del momento presente se limita a levantar acta notarial de la existencia de un virus de origen desconocido de un diámetro de 400 nanómetros y con un alto grado de letalidad especialmente entre la población de mayor edad. El diafragma de la cámara podría abrirse aún más y recoger también la imagen de medio mundo confinado en sus casas o la saturación de los hospitales, pero para responder al por qué, al para qué, o al hacia dónde nos debería conducir esta situación no basta con visualizar imágenes estáticas, necesitamos animarlas en una secuencia argumental inteligible. Un ejercicio narrativo que, como animales simbólicos que somos, estamos haciendo permanente; en expresión de Lluís Duch, estamos continuamente «empalabrando» el mundo. Tres son los *micromito*s que pugnan por empalabrar de forma convincente la realidad de la pandemia que sufrimos: el bélico, el experto y el ecológico, a los que nosotros añadimos el incipiente -y necesario- de los cuidados.

«MICROMITO» BÉLICO

El primer relato en presentar su candidatura a *micromito* concluyente ha sido el bélico. Nada insólito, porque la mitología guerrera lleva siglos imponiendo su narrativa de sentido sobre todo tipo de realidades, sean belicosas o no. Se trata de un mito simple, bien engrasado y siempre disponible. Basta con trasladar su semántica del campo de batalla al sanitario para que su relato suene verosímil: el enemigo a batir se llama virus, los soldados son ahora médicos y enfermeros, las casas particulares hacen la veces de bunkers donde se refugia la población civil, los chalecos antibalas son EPI y las trincheras donde se libra la batalla cuerpo a cuerpo se llaman ucis. No hace falta mucha imaginación para seguir estableciendo paralelismos y vestir con ropa militar a enfermos «caídos en combate», identificar daños colaterales, asimilar vacunas con armas, reconocer kamikazes, héroes, traidores, etc.

La disponibilidad inmediata y su simplicidad hacen que el *micromito* bélico sea el relato más utilizado por mandatarios de muchos países. En algunos, como en el caso de España, la narrativa bélica se ha visto acompañada por su correspondiente puesta en escena militar. Un relato audiovisual que, a diario, nos ha mostrado en los informativos un cuartel general de altos mandos arengando a la población civil a cumplir marcialmente las órdenes dictadas para «derrotar la enemigo». Hospitales militares de campaña montados contrarreloj, equipos de soldados desinfectando residencias de ancianos y aviones del ejercito trasportando mascarillas de un Continente a otro han reforzado la iconografía del *micromito* bélico.

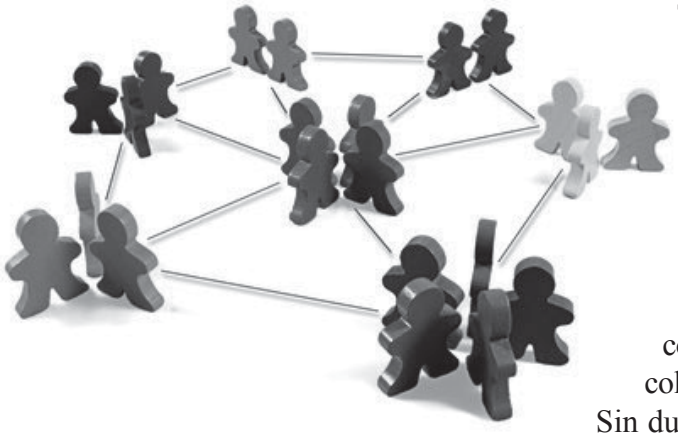
No dudamos de la eficacia de las mediaciones militares, ni de la oportunidad del relato bélico para responder a una situación de emergencia como la que atravesamos, apelar al orgullo de identidades colectivas para conseguir que todo un país se autoconfine voluntariamente en su casa es una decisión estratégica a tener en cuenta. Lo preocupante comienza cuando el *micromito* estratégico que responde a una situación coyuntural, busca convertirse en mito fundante; esto es, cuando pretende fermentar en un mito mayor que contará cómo «En un principio… existió un enemigo invisible que derrotamos gracias a nuestro poder como especie». Preocupante porque, de fungir en un mito bélico, el virus biológico mutaría en virus social y seguiría reproduciendo el nefasto relato defensivo que necesita crear vencidos, enemigos, y culpables para seguir interpretando el mundo desde los ojos de los vencedores, los amigos y los autoproclamados inocentes. Un mito social inmunológico y excluyente, cargado de testosterona e infinitamente más peligroso que cualquier pandemia vírica.

«MICROMITO» EXPERTO

A juicio de politólogos como Daniel Innerarity, una de las consecuencias de esta pandemia es la revalorización del «saber experto». Efectivamente, salvo cuatro líderes mundiales que han mostrado

públicamente su ignorancia y peligrosidad criminal despreciando los consejos científicos, el resto de mandatarios se han rodeado de un nutrido grupo de especialistas (epidemiólogos, virólogos, analistas de big-data, economistas, sociólogos, etc.) para tomar decisiones políticas atendiendo a «evidencias» científicas.

A pesar de la presencia de expertos y expertas en ámbitos de decisiones gubernamentales, no creo que el relato científico tenga fuerza suficiente para convertirse en un mito social adulto. Frente a lo que pudiera creerse, la científica sigue siendo una narración débil, a duras penas consigue mostrar una unanimidad de criterios compartidos por todos (¿llevar o no llevar mascarilla?, ¿inmunidad de rebaño o aislamiento en cuarentena?, ¿afecciones respiratorias o cardiovasculares?) y, por si esto no fuera suficiente, de sus conclusiones analíticas no se siguen imperativos de conducta incuestionables. De los cómos y los porqués científicos no se derivan paraqués o hacia dóndes políticos compartidos por todos. Javier de Lucas se hace eco de la reflexión de uno de los filósofos más influyentes de nuestro siglo, Jürgen Habermas, sobre la paradoja de un saber científico imprescindible al tiempo que altamente falible (*Sobre política, ciencia y certeza* -El País, 19 abril 2020-): «La pandemia pone al alcance de la opinión pública internacional, de golpe y de forma simultánea, un principio que hasta ahora solo era cuestión de los expertos: la necesidad de actuar desde el conocimiento explícito de nuestro desconocimiento. Con la pandemia, todos los ciudadanos aprenden que sus gobiernos deben tomar decisiones desde la plena conciencia de los límites del saber de los virólogos que les aconsejan. Y es así como se nos revela a plena luz, cómo la acción política se lleva a cabo, por así decirlo, sumergida en la incertidumbre. Y es posible que esta inhabitual experiencia deje huella en la conciencia pública».



«MICROMITO» ECOLÓGICO

Un relato que cada vez goza de un mayor predicamento social es el ecológico. Crisis medioambiental, protección de la biodiversidad, interdependencia ecosocial, son argumentos que desde hace apenas una década van sedimentando y configurando el imaginario colectivo del nuevo milenio. Sin duda alguna se trata de un *micromito* llamado a crecer en un mito adulto de amplio espectro aunque, de momento, se encuentra en plena preadolescencia. La irrupción de la pandemia ha revelado su inmadurez mítica porque, a diferencia de su hermano mayor: el mito bélico, su narración no es capaz de articular un relato convincente en el que encajen todas las piezas del puzle que la realidad de la COVID-19 pone ante nuestros ojos.

Por más que reputados ecologistas establezcan relaciones de causa-efecto entre pandemia y crisis climática, esos vínculos están lejos de ser evidentes. Como advierte Javier Sampedro (*El País*, 3 de mayo 2020) «Si el coronavirus proviene de los pangolines, como indica la genética, la razón última no habrá que buscarla en el calentamiento global, sino en el tráfico de esos animales hacia China, donde sus escamas son muy apreciadas por sus supuestas propiedades cardiosaludables. Ni la gripe aviar, ni la gripe A, ni el SARS de 2002 tuvieron mucho que ver con el

cambio climático, sino más bien con las granjas de pollos, los mercados de animales vivos y el comercio internacional de ganado porcino. Las grandes pandemias del pasado como la viruela, el sarampión, la polio y la malaria se originaron siglos antes de que las emisiones industriales existieran, y de que la deforestación para extender los cultivos fuera un problema. Culpar al cambio climático de la pandemia es también un error político, porque las petroleras tendrán fácil demostrar que no es así, y tirarán al niño con el agua sucia del baño, como dicen los ingleses».

Mucho me temo que en su urgencia por reivindicarse como *micromito* definitivo, el relato ecológico acabe haciendo suyos y reproduciendo argumentos bélicos espurios. Así parecen confirmarlo las profecías apocalípticas que hacen derivar nuestro momento presente de un virus vengativo que ha «decidido» dar un golpe encima de la mesa y decir basta al consumismo depredador de los humanos; un relato belicoso tristemente familiar por más que se presente vestido de verde planetario. Son otros los argumentos a largo plazo que, a mi juicio, el *micromito* ecológico puede legar a las generaciones futuras como la evidencia de nuestra interdependencia con el resto de especies, la humildad para asumir el pequeño lugar que ocupamos en el universo, la constatación de la disminución drástica de los niveles de contaminación cuando dejamos de producir basura tóxica…, pequeños relatos que van madurando lentamente hacia un mito holocéntrico de seres interrelacionados que, finalmente, sustituirá -si así lo decidimos- al mito antropocéntrico que nos ha traído en volandas hasta el precipicio medioambiental al que nos asomamos peligrosamente.

«MICROMITO» (INCIPIENTE) DE LOS CUIDADOS

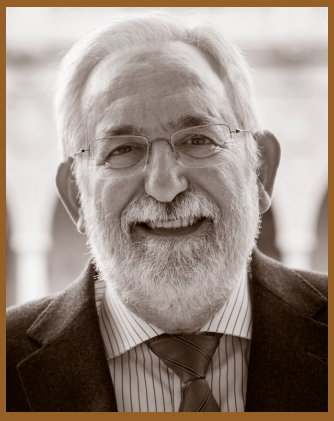
No quiero abandonar el análisis de relatos en tiempo de pandemia sin hacer una referencia a la necesidad de construir una narración alternativa centrada en los cuidados. Un *micromito* que aún está en pañales.

La pandemia de la COVID-19 ha puesto en primer plano las prácticas de cuidado del personal sanitario, pero además ha sacado a la luz la infraestructura de cuidados invisibles que sostienen la vida de todos. No valoramos solo los auxilios médicos que se ocupan de los enfermos, sino que reconocemos también la trascendencia de las prácticas de cuidado de las cajeras de los supermercados, las conductoras de autobuses urbanos, el personal de limpieza, las transportistas, etc. (utilizo el femenino de forma consciente porque las protagonistas mayoritarias de los cuidados son mujeres, y esto no por ninguna disposición natural de ellas hacia el cuidado, sino por una atribución cultural de signo patriarcal). Acostumbrados a leerlos exclusivamente bajo la clave económica de relaciones laborales, hemos redescubierto que detrás de muchos servicios remunerados o no se esconden prácticas y relaciones de cuidado imprescindibles.

Al igual que ocurría con el *micromito* ecológico, la sombra del mito bélico también amenaza con fagocitar los recorridos sociales más trascendentales del *micromito* de los cuidados, como son los aprendizajes relacionados con la presencia cotidiana de relaciones de sostenimiento mutuo y no tanto con la urgencia de los cuidados intensivos en contextos de crisis. Cuando los cuidadores se convierten en héroes o mártires de una batalla sin cuartel, acaban asimilados a la excepcionalidad de un estado de guerra y, de paso, justificando su prescindibilidad en los momentos de paz en los que suele transcurrir nuestro día a día.

No negamos el merecido aplauso a hombres y mujeres que en esta crisis se han comportado de manera ejemplar, advertimos del peligro de que el mito final acabe contando que «En un principio… hubo héroes en una batalla…», porque lo que de verdad interesa que el mito transmita de generación en generación no es la existencia de héroes sobrehumanos, sino la omnipresencia de cuidadores a lo largo y ancho de nuestras vidas terrenalmente humanas; el mito fundante que afirma que «En un principio… fuimos creados con el barro de la vulnerabilidad y que vivimos porque cuidamos unos de otros».

APOROFOBIA (RECHAZO Y DESPRECIO AL POBRE): UNA REFLEXIÓN DESDE LA ÉTICA



Emilio Martínez Navarro
(Catedrático de Filosofía Moral, Universidad de Murcia)

La palabra «aporofobia» fue incorporada al Diccionario a finales de 2017, tras ser inventada por la filósofa Adela Cortina en los años noventa. La mayor parte de los comportamientos de rechazo a las personas no son por la raza (racismo), ni por xenofobia (rechazo al extranjero), sino por aporofobia (rechazo al pobre). ¿Por qué nos comportamos de este modo? ¿Es éticamente correcto el comportamiento aporófobo? ¿Por qué deberíamos erradicarlo de nuestra mente y de nuestro corazón? ¿Es posible dejar de ser aporófobo? ¿Qué razones tenemos para tratar de superar esa actitud que corroe el carácter de las personas, apartándolas de la compasión, de la solidaridad, de la hospitalidad y de la apuesta por la igual dignidad de todo ser humano?

En lo que sigue, trataré de dar una breve respuesta a estas cuestiones.

1. ¿EN QUÉ CONSISTE LA APOROFOBIA?

La aporofobia se induce, se provoca, s e fomenta y se difunde a partir de relatos alarmistas y sensacionalistas que relacionan a las personas de escasos recursos con la delincuencia y con una supuesta amenaza a la estabilidad del sistema socioeconómico vigente.

Puede haber causas diversas para que una persona tenga una actitud de desprecio y rechazo a los pobres. La más común es la educación recibida y no cuestionada: creerse superior a las personas pobres pensando que ellas son culpables de su pobreza, porque supuestamente son perezosas, indolentes, de voluntad débil, etc. Por otra parte, la persona aporófoba tiene, en el fondo, cierto miedo a caer en la pobreza, y para combatir ese miedo se dedica, entre otras cosas, a proyectar odio sobre las personas que atraviesan situaciones de pobreza, como si ese odio fuese una vacuna para evitar la caída en ese tipo de situaciones. Para colmo, todas las personas compartimos un cierto rechazo al diferente, al extraño, al que no es como uno mismo: de ahí el racismo, la xenofobia y el recelo ante los otros en general. Este rechazo al diferente lo llevamos en los genes, desde la época en que los humanos vivíamos en pequeñas tribus de cazadores-recolectores como una señal de alarma frente a posibles agresiones de los otros, y nos condiciona hasta cierto punto cuando nos relacionamos con extraños. Pero no debemos dejar que ese condicionamiento biológico sea determinante de nuestro comportamiento. Una ética razonable, a la altura de nuestro tiempo, nos orienta hacia la superación del machismo, del racismo, de la xenofobia y también de la aporofobia, entre otras actitudes éticamente rechazables.

El fenómeno de la aporofobia se ha visibilizado mucho desde finales de 2017, porque se han hecho muchos reportajes, charlas, conferencias y todo tipo de actos divulgativos en los que se ha tratado de insistir en la necesidad de erradicar esta actitud negativa y absurda hacia las personas pobres. Creo que, en parte, ha sido por ser declarada palabra del año en 2017 por la Fundación para el Español Urgente (FUNDEU), pero en parte también porque en 2017 se publicó un libro de la filósofa Adela Cortina sobre este fenómeno (*Aporofobia, el rechazo al pobre. Un desafío a la democracia.* Barcelona: Paidós).

Es posible que pronto se incorpore la aporofobia en el código penal como una agravante en los delitos de odio. Esto hará que algunos aporófobos se lo piensen dos veces antes de cometer ese tipo de delitos. Los datos que suministran algunas entidades que protegen a las personas sin hogar, como RAIS y el Observatorio HATENTO, indican que ha habido un mayor número de denuncias que incluyen la aporofobia como un ingrediente de algunos delitos de odio. Esto también va unido, en mi opinión, al hecho de que se está formando a los agentes de policía para que sean sensibles a este tipo de comportamientos inmorales e ilegales.

La *aporofobia* consiste, por tanto, en un sentimiento de odio y en una actitud de rechazo al pobre, al sin medios, al desamparado. Tal sentimiento y tal actitud son adquiridos, aunque tienen una base biológica en ese sentimiento general de «rechazo al otro», al diferente, al que pertenece a un colectivo diferente al propio. La aporofobia se induce, se provoca, se fomenta y se difunde a partir de relatos alarmistas y

sensacionalistas que relacionan a las personas de escasos recursos con la delincuencia y con una supuesta amenaza a la estabilidad del sistema socioeconómico vigente. Sin embargo, un análisis riguroso de los datos disponibles nos muestra que la mayor parte de la delincuencia, y la más peligrosa, no procede de los sectores pobres de la población, sino de mafias bien organizadas que controlan una inmensa cantidad de recursos. Y resulta tan sarcástico que se considere a los pobres como una amenaza al sistema socioeconómico como lo sería acusar a las víctimas de cualquier violencia de ser los causantes de esa misma violencia. Muchos casos de aporofobia no llegan a ser denunciados por las víctimas, que se sienten tan humilladas que llegan a creer que se lo tienen merecido. Es algo parecido a lo que les ocurre a algunas mujeres maltratadas: que llegan a pensar que su verdugo tiene razón cuando las maltrata. A muchas víctimas de la aporofobia les ocurre lo mismo.

2. LAS CAUSAS DE LA APOROFOBIA

Como he escrito en otro lugar (Martínez Navarro, 2002). no resulta difícil para los poderes fácticos presentar a los pobres como los culpables de cualquier problema social, puesto que la situación de debilidad que atraviesan les impide, por definición, toda defensa frente a la calumnia. De este modo, se produce un fenómeno que podríamos denominar «el círculo vicioso de la aporofobia»: los colectivos desfavorecidos son acusados a menudo de conductas delictivas (robo, prostitución, tráfico de drogas, actos violentos, trabajo ilegal, etc.) y esta mala imagen dificulta su posible integración en la sociedad, con lo cual se prolongan sus dificultades y en algunos casos la desesperación les lleva a cometer algún acto ilegal, de manera que se termina por reforzar la mala imagen de las personas pobres, y así sucesivamente.

La aporofobia se alienta en cada uno de nosotros a través de un mecanismo psicológico que carece de base lógica: la *generalización apresurada*. Partiendo de algunos casos particulares (este mendigo hizo esto, aquel desaliñado hizo lo otro...), se alcanza una conclusión general de tipo universal: «*Todos* los mendigos son peligrosos», «*Todos* los desaliñados son sospechosos». Evidentemente, tales generalizaciones son falsas, pero estamos tan acostumbrados a hacerlas que a menudo nos pasan desapercibidas. En ese sentido, un buen punto de partida para una educación intercultural sería ayudarnos mutuamente a romper esos prejuicios, esos clichés, esas generalizaciones apresuradas que hemos ido armando en nuestras mentes a lo largo de la vida.

Pero, ¿por qué encuentra la aporofobia un terreno abonado para florecer en nuestras sociedades occidentales? Una posible explicación puede estar en cierta «mala conciencia» que nos recuerda que las situaciones de desamparo son, en cierta medida, una responsabilidad de todos los que estamos más acomodados. En ese sentido, el que haya pobreza es signo de fracaso social, de que el sistema socioeconómico que hemos creado es un sistema injusto. La aporofobia es un síntoma de que el sistema en el que estamos instalados es claramente mejorable. Pero entonces, mientras que algunas personas reaccionan positivamente, proactivamente,

¿Por qué encuentra la aporofobia un terreno abonado para florecer en nuestras sociedades occidentales?

comprometiéndose en tareas de reforma social y política para hacer un mundo cada vez más justo, otras personas reaccionan negativamente, reactivamente, despreciando y culpando a los pobres mismos de su situación de marginación y colgando sobre ellos todo tipo de etiquetas peyorativas. Esta actitud reactiva forma parte de una situación más amplia de «desmoralización» en el sentido de Ortega y Gasset: una sociedad desmoralizada es la que está dejando de tener altura de miras y ánimo vigoroso para avanzar hacia metas valiosas, corriendo el riesgo de perder su propio quicio e iniciativa vital.

La aporofobia se centra actualmente, en las sociedades que llamamos «desarrolladas», en colectivos que se suelen considerar «no productivos», esto es, personas en paro, trabajadores con escasa cualificación profesional, jóvenes que buscan su primer empleo, trabajadores sometidos a condiciones laborales muy precarias en cuanto a salario y continuidad, jubilados sin una pensión o con escasa pensión, personas enfermas o con discapacidades severas que no consiguen empleo y carecen de recursos económicos, familias monoparentales de escasos ingresos, minorías étnicas tradicionalmente marginadas, inmigrantes que aún no han conseguido insertarse legalmente en el mercado laboral, etc. Estos colectivos están formados a menudo por personas que no permanecen en ellos de por vida, pero el colectivo permanece. Una persona que ayer era pobre puede estar hoy en un empleo digno que le permite superar su condición de pobreza, pero mientras esa persona sale del colectivo, otra u otras están ingresando en él a su pesar. Los jugadores cambian, pero el equipo mantiene su identidad. Este detalle es relevante, puesto que indica claramente que la pobreza no es una condición permanente de las personas, sino una *situación indeseable e injusta, pero superable*, de la que muchas personas consiguen salir si se les brinda la ayuda adecuada. En principio, es técnica y económicamente posible que una sociedad moderna consiga que los distintos colectivos afectados por la pobreza superen esa lamentable e inhumana situación. ¿Qué falta entonces? Falta coraje cívico, falta estatura moral, falta voluntad política en el sentido ético de la palabra. Veamos por qué.

La pobreza no es una condición permanente de las personas, sino una situación indeseable e injusta, pero superable.

Como he dicho anteriormente, la aporofobia se alimenta del extendido prejuicio de que los pobres son culpables de la miseria que les aqueja. Este prejuicio, como tantos otros, es también una generalización apresurada. En principio, de modo similar a como algunos accidentes de tráfico son responsabilidad del accidentado y en cambio otros no lo son en absoluto, también ocurre que una parte de las situaciones de pobreza tienen su origen en algún tipo de negligencia más o menos voluntaria, mientras que otra gran parte de tales situaciones tiene causas totalmente ajenas a la voluntad de las personas que sufren la pobreza. Esta constatación ha de completarse observando que, aún en los casos en los que las personas tuvieron responsabilidad al provocar su propia ruina, eso no implica que debamos abandonarlas a su suerte, como no lo haríamos tampoco en el caso del conductor negligente que provocó su propio accidente. Tenemos un deber de humanidad de ayudar a las personas en apuros, y eso es así con independencia de que la persona necesitada sea, en parte o del todo, responsable de su apurada situación. Para fundamentar filosóficamente la existencia de tal «deber de humanidad» de ayudar a cualquier persona que se encuentre

en apuros, se ha considerado que es necesario acudir a los argumentos kantianos que establecen la igual dignidad de toda persona, en la línea de las tradiciones éticas de la Regla de Oro: *Trata a los demás tal y como quisieras ser tratado*. Esta Regla de Oro es un principio moral transcultural, de honda raigambre en diversas culturas desde tiempos inmemoriales, cuya presencia en diversos grupos culturales podría explicar, probablemente, el éxito evolutivo de la especie humana, según el propio Darwin (véase Darwin 1980). Kant supo formular este principio moral en términos filosóficos como «imperativo categórico», argumentando sobre su incondicionalidad y universalidad. Ahora bien, en este trabajo tratamos de mostrar que el argumento kantiano, a pesar de ser un hito irrenunciable en la historia de la filosofía moral, necesita ser complementado con elementos de una ética de los sentimientos, como sugiere Smith, dando lugar a una síntesis que ha elaborado Cortina como *ética de la razón cordial*.

Por otra parte, la condición humana está afectada por eso que el filósofo John Rawls llamó «la lotería natural y social», esto es, el hecho de que nadie puede alegar mérito alguno por la cantidad y calidad de sus dotes naturales (inteligencia, fuerza, belleza, resistencia a la enfermedad, etc.) ni por las ventajas sociales heredadas (una familia, unos parientes, un ambiente de crianza y educación, unas oportunidades de formación, etc.). Por ello, nadie debería ser considerado responsable de haber nacido con alguna desventaja física, ni de no haber disfrutado de ciertas oportunidades que nunca le fueron brindadas. En síntesis podríamos decir que *una parte* de lo que cada cual consigue o deja de conseguir en la vida es cuestión de oportunidades que se le presenten, mientras que *otra parte* es responsabilidad (mérito o demérito) de cada uno. Por tanto, culpar a las personas que están en situaciones de pobreza de haber llegado a esa situación es, sin lugar a dudas, una injusta generalización.

Pero entonces, si la aporofobia, el desprecio al pobre, es una actitud injusta, ¿cómo es que viene pasando tan desapercibida, hasta el punto de que ni siquiera se tenía un nombre para ella hasta que fue propuesto por la profesora Cortina? La respuesta que la misma profesora Cortina nos ofrece es la siguiente:

«En sociedades como las nuestras, organizadas en torno a la idea de contrato en cualquiera de las esferas sociales, el pobre, el verdaderamente diferente en cada una de ellas, es el que no tiene nada interesante que ofrecer a cambio y, por lo tanto, no tiene capacidad real de contratar». (Cortina, 2000:14)

En efecto, la clave para comprender la aporofobia es que en la mayoría de los ámbitos de la vida social hay quienes tienen poder para pactar y también hay quienes no lo tienen; algunas personas tienen algo que puede interesar a los poderosos y en cambio otras muchas personas carecen de interés para ellos, son «prescindibles». El resultado es que los *áporoi*, los pobres, son los excluidos del intercambio, los marginados, los que no son tenidos en consideración debido a que carecen, siquiera sea temporalmente, de capacidad para el intercambio. Y para ocultar la mala imagen que podría acarrear esa falta de consideración hacia personas que están en una situación de debilidad, que a cualquiera le puede afectar antes o después, se extiende sobre los pobres el falso cliché que ya hemos comentado: supuestamente ellos mismos serían culpables de su falta de capacidad. Supuestamente, quienes no tienen nada

Culpar a las personas que están en situaciones de pobreza de haber llegado a esa situación es una injusta generalización.

interesante que ofrecer, se merecen la exclusión y el desprecio que eventualmente se les venga encima.

La aporofobia, como otras tantas fobias sociales, viene siendo provocada y fomentada por ese tipo de actitud que encarnan quienes Cortina ha llamado, inspirándose en un pasaje de Kant en el libro *La paz perpetua*, los *demonios estúpidos*. La cita de Kant sostiene que hasta un pueblo de demonios, de seres carentes de sensibilidad moral, sacrificaría parte de su libertad y se sometería a las leyes de un Estado de derecho, con tal que tuvieran inteligencia. De ese modo, distingue Cortina tres tipos de actitudes éticas: la de los *demonios estúpidos*, la de los *demonios inteligentes* y la de las *personas inteligentes, justas y solidarias* (Cortina, 1998).

Los *demonios estúpidos* representan la actitud de quienes creen que es mejor excluir y culpabilizar a quienes están en apuros que esforzarse lo más mínimo en ayudar a los pobres a salir de su postración. Es la actitud prepotente y arrogante de quienes olvidan que los bienes de que disfrutamos los seres humanos son todos *bienes sociales,* y por tanto tienen que ser distribuidos con justicia. Olvidan que la sociedad humana es un sistema de cooperación que sólo puede funcionar adecuadamente si se disponen las reglas del juego social de modo tal que nadie se pueda sentir injustamente tratado. La aporofobia es en gran medida un producto de este tipo de actitudes nada inteligentes, puesto que a la larga las consecuencias nefastas de ese modo de actuar se revierten en contra de los mismos que las provocaron. Porque los comportamientos y las políticas de los *demonios estúpidos* pueden llegar a ser radicalmente aporofóbicas, y ello conduce, a medio y largo plazo, a situaciones de profunda quiebra social. Por ejemplo, cuando algunos de ellos practican, o aprueban que se practique, la suprema exclusión: el asesinato. No hay empobrecimiento mayor ni marginación más grande a la que se pueda someter a alguien que excluirle irreversiblemente del mundo de los vivos. No hay aporofobia más peligrosa que la que sueña con eliminar a todas las personas a las que los poderosos consideren un estorbo. En este sentido, los totalitarismos de todo signo son profundamente aporófobos. Y las actitudes aporófobas son un ingrediente necesario en los totalitarismos.

La clave para comprender la aporofobia es que en la mayoría de los ámbitos de la vida social hay quienes tienen poder para pactar y también hay quienes no lo tienen.

Los *demonios inteligentes* simbolizan la actitud algo más madura de quienes reconocen que, aunque a corto plazo no parece que compense gran cosa ayudar a otros a salir del desamparo, a la larga es muy conveniente hacerlo para poder preservar cierto orden social y para no correr riesgos innecesarios. Al fin y al cabo, hasta el más débil te puede quitar la vida. Esta actitud tal vez podría expresarse con el dicho «hoy por ti, mañana por mí», y en el terreno sociopolítico implica adoptar medidas de protección social para los más desfavorecidos. Pero no como una cuestión de justicia, sino más bien como una cuestión de prevención de posibles desórdenes sociales. Esta actitud puede estar detrás de muchas de las medidas que, desde los tiempos del Imperio Romano, se resumen en la expresión «pan y circos». La pobreza, todo tipo de pobreza y no sólo económica, sino también la falta de educación y de oportunidades, la falta de igualdad legal y política o la falta de equidad en la distribución de sanciones y premios, es considerada, desde este punto de vista, como un peligro

potencial que podría dar al traste con la convivencia pacífica. La aporofobia, conforme a esta segunda actitud, es tolerada como un fenómeno que puede colaborar a que la gente marginada se apresure a abandonar las situaciones más extremas de pobreza, puesto que la presión de los *aporófobos* supuestamente podría colaborar a que las personas pobres se integren cuanto antes en el sistema establecido y de ese modo dejen de ser percibidas como una amenaza para la estabilidad del mismo.

Por último, la actitud de las *personas inteligentes, justas y solidarias* corresponde, según Cortina, a quienes tienen la sensibilidad moral necesaria para percatarse de que todo ser humano es valioso en sí mismo, y no por los intercambios que pueda realizar. Esa idea ilustrada, kantiana, de raigambre judeocristiana, de que toda persona tiene dignidad y no precio, y que por ello no debería ser tratada como un instrumento, sino como fin en sí misma, esa es la idea clave para comprender este tercer tipo de actitud ética. Una sociedad que pretenda ser justa no puede conformarse simplemente con los arreglos preventivos del orden público a los que se llega con la actitud de los *demonios inteligentes*, sino que tendría que ir más allá. Una sociedad que pretenda ser justa aplicaría las medidas para la superación de todo tipo de exclusión social como una cuestión de justicia, esto es, como reconocimiento de que todas las personas son dignas de ser tratadas como auténticos *ciudadanos,* y no como súbditos a los que se manipula con el fin de que no lleguen a alterar un determinado orden social que, en realidad, no les trata con la consideración y respeto que se debe a las personas. La aporofobia, desde este punto de vista, es completamente intolerable, puesto que forma parte del entramado de injusticias que hacen de este mundo un lugar más hostil e inhabitable. Por el contrario, las medidas de eliminación de la miseria, de extensión de la ciudadanía social, de capacitación o empoderamiento de las personas vulnerables, son contempladas como medidas de realización de los valores de justicia que constituyen la base de una convivencia realmente pacífica, colaborativa y humanizadora.

La aporofobia es un obstáculo en el camino que la humanidad ha emprendido desde hace milenios en pos de un mundo más habitable. Una convivencia intercultural no será posible ni localmente ni globalmente si no eliminamos en la medida de lo posible las actitudes aporófobas. En el plano local, es evidente que la aporofobia ha viciado terriblemente las relaciones entre comunidades étnicas distintas que comparten un mismo país. Así lo constatan algunos expertos latinoamericanos que han comenzado a utilizar este nuevo vocablo para analizar los problemas sociales que aquejan a diversos países de Iberoamérica. También utilizan el término «aporofobia» algunos análisis de las políticas de integración de los inmigrantes en Europa como, por ejemplo, las publicaciones del profesor Silveira-Gorski.

En el caso latinoamericano, la aporofobia es sin duda un elemento de la tensión que reina entre los criollos y los pueblos indígenas en algunos países del área. Hay multitud de testimonios que indican que es precisamente la situación de pobreza y vulnerabilidad que padece la mayor parte de los pueblos indígenas, junto con el afán depredador de recursos naturales de algunos criollos, los factores que más condicionan desfavorablemente la comprensión mutua y la convivencia entre las dos comunidades. En este sentido, una posible vía de mejora de dicha convivencia debería incluir medidas

Una sociedad que pretenda ser justa aplicaría las medidas para la superación de todo tipo de exclusión social como una cuestión de justicia.

concretas para atajar la aporofobia en las actitudes de las autoridades y de la población criolla en general.

Y en el caso europeo, tampoco parece dudoso que la aporofobia es el principal obstáculo para emprender unas políticas más comprometidas con la ayuda real a los inmigrantes y a sus países de origen. Se les rechaza por ser pobres y se les culpa de su desesperada situación, al tiempo que se manipulan los medios informativos para magnificar la supuesta amenaza que supone su instalación en Europa. Se olvida por un momento que millones de europeos han estado emigrando durante siglos hacia todos los países del mundo, incluidos aquellos de los que ahora nos vienen los inmigrantes pobres. La aporofobia nubla la memoria histórica y contribuye a la percepción distorsionada del otro como una amenaza a nuestra calidad de vida. Pero si queremos tomar en serio los valores de justicia que se expresan en los textos constitucionales y en las declaraciones solemnes de Derechos Humanos, habremos de tomar serias medidas para evitar el avance de esta lacra. Una convivencia intercultural basada en el respeto activo, en las libertades iguales, en la igualdad de oportunidades, en la solidaridad y en la solución pacífica de los conflictos, es del todo incompatible con la actitud de aporofobia.

En su reciente libro sobre la aporofobia, Adela Cortina explica que una de las raíces de la aporofobia se encuentra en nuestro cerebro (Cortina, 2017: cap. 4). En efecto, parece que la ciencia nos muestra claramente que muchas de nuestras estructuras desarrollado otras estructuras que nos impulsan a «reciprocar», es decir, a cooperar con otros, incluidos los extraños, con la expectativa de que esos otros van a cooperar con nosotros. Ahora bien, sigue siendo verdad, desgraciadamente, que en la sociedad contractualista y cooperativa del intercambio se excluye al *radicalmente extraño,* al que no entra en el juego del intercambio, porque no parece que pueda ofrecer ningún beneficio como retorno. Ese es el pobre en cada ámbito de la vida social.

El pobre es el que queda fuera de la posibilidad de devolver algo en un mundo basado en el juego de dar y recibir.

El pobre es el que queda fuera de la posibilidad de devolver algo en un mundo basado en el juego de dar y recibir. Y entonces parece que tomarle en cuenta implique perder capacidad adaptativa, biológica y socialmente, porque son los bien situados los que pueden ayudar a sobrevivir y prosperar.

¿Quiénes son los «sin poder»?

Pueden ser los discapacitados psíquicos, los enfermos mentales, los pobres de solemnidad, los sin papeles, los «desechables», los sin amigos bien situados. Y en cada esfera social, los que no pueden devolver los bienes que se intercambian en ella, que pueden ser favores, puestos de trabajo, plazas, dinero, votos, apoyos para ganar unas elecciones, honores y prebendas que satisfacen la vanidad. (Cortina, 2017: 80-81).

No obstante, aunque la aporofobia tenga una base biológica en nuestra herencia genética, eso no significa —añade Cortina y estoy plenamente de acuerdo—, que tengamos que plegarnos a tales condicionamientos. Porque nuestro cerebro tiene una enorme plasticidad y se deja modelar socialmente por el aprendizaje y la cultura, de manera que la aporofobia se puede reducir y eliminar mediante la educación y la creación de instituciones que refuercen el reconocimiento y la promoción de las

personas sin poder. La clave de la lucha contra la aporofobia es el reconocimiento recíproco de la dignidad personal y el fomento de la compasión, una actitud ética universalista que rompe las barreras que hoy nos impiden avanzar hacia la integración de toda la humanidad en un hogar común, con respeto a los animales y al medio ambiente.

3. ALGUNOS ANTECEDENTES DE LA APOROFOBIA

En *La teoria de los sentimientos morales* describe Adam Smith una actitud a la que no pone nombre, pero está claro que coincide en gran medida con lo que Adela Cortina ha llamado «aporofobia». Esto es lo que dice el filósofo escocés en el capítulo 3 de la sección 3ª de la primera parte de la obra:

«*De la corrupción de nuestros sentimientos morales, que es ocasionada por la disposición a admirar a los ricos y a los grandes, y a despreciar o ignorar a los pobres y de baja condición*».

Esta disposición a admirar y casi a idolatrar a los ricos y poderosos, y a despreciar o como mínimo ignorar a las personas pobres y de modesta condición, aunque es necesaria para establecer y mantener la distinción de rangos y el orden social, es al mismo tiempo la mayor y más extendida causa de corrupción de nuestros sentimientos morales. Que la riqueza y la grandeza suelen ser contempladas con el respeto y la admiración que sólo se deben a la sabiduría y la virtud; y que el menosprecio, que con propiedad debe dirigirse al vicio y la estupidez, es a menudo muy injustamente vertido sobre la pobreza y la flaqueza, ha sido la queja de los moralistas de todos los tiempos (Smith 2017, 136).

A continuación, Smith se queja de que «en el mundo», es decir, en la práctica cotidiana de la interacción entre las personas, «*las atenciones más respetuosas se orientan hacia los ricos y los grandes más intensamente que hacia los sabios y los virtuosos*». Y que «*los vicios y las tonterías de los poderosos son mucho menos despreciados que la pobreza y fragilidad de los inocentes*» (*Ibid*.) ¿Qué explicación ofrece nuestro autor de este fenómeno de corrupción de los sentimientos morales? A mi modo de ver, su explicación se puede esquematizar del siguiente modo:

1. Los seres humanos ansiamos alcanzar el respeto y la admiración de los demás, y sabemos que para llegar a merecer este respeto y admiración hemos de poner de nuestra parte cierta ambición, esfuerzo y emulación.

2. Ahora bien, se puede lograr tal respeto y admiración de los demás por dos caminos muy distintos: o bien por el cultivo del saber y la práctica de la virtud, o bien por la adquisición de riquezas y de posiciones sociales de alto rango.

3. La mayor parte de la humanidad elige el segundo modelo, el de emular «*la orgullosa ambición y la ostensible codicia*», y sólo un reducido grupo selecto se decanta por la admiración auténtica y firme del saber y la virtud. Pero eso no significa

La clave de la lucha contra la aporofobia es el reconocimiento recíproco de la dignidad personal y el fomento de la compasión, una actitud ética universalista

que esa gran masa de personas logre alcanzar el objetivo de convertirse ellas mismas en personas ricas y poderosas, sino que se convierten en «*admiradores y adoradores desinteresados de la riqueza y la grandeza*».

4. Por regla general, se considera que la mera riqueza y el poder son dignos de respeto, con poca atención a cuánta virtud y mérito han hecho posible tal éxito económico y social.

5. La mayoría es mucho más tolerante con las flaquezas y vicios de los ricos y poderosos que con las debilidades de quienes tienen un nivel social inferior.

6. En las clases medias y bajas, por lo general, suelen ser muy similares los caminos que conducen simultáneamente a la virtud y a los pequeños éxitos económicos que están al alcance de estos grupos sociales. La combinación de unas capacidades profesionales sólidas y de un comportamiento correcto suele producir los mejores frutos, en un contexto en el que «*la buena opinión de sus vecinos y de sus pares*» es la clave del éxito, de modo que, para estas personas, «*la honradez es la mejor política*».

7. Pero en las clases altas, «*el triunfo y la promoción no dependen de la estima de pares inteligentes y bien informados, sino del favor caprichoso y estúpido de unos superiores ignorantes, presuntuosos y soberbios»,* en un contexto en el que *«la adulación y la hipocresía suelen predominar sobre el mérito y la capacidad»,* de modo que *«el talento para agradar es mejor considerado que el talento para servir*».

8. En general, tenemos una predisposición a admirar y a imitar a los ricos e importantes, que por ello son capaces de fijar las modas en el vestido, en la conversación y en la conducta. De ahí que muchas personas se esfuercen en vivir por encima de sus posibilidades económicas, puesto que creen que la gloria consiste en que los demás piensen que son ricas y poderosas. Pero, como no disponen de los recursos suficientes, pronto se hunden en la miseria.

9. Esa admiración a los ricos y poderosos es la causa de que muchas personas abandonen los caminos de la virtud, porque a menudo observan que la búsqueda de la fortuna económica y social se encuentra en la dirección opuesta (en la dirección de la hipocresía, la adulación y la soberbia), y esperan que, una vez alcanzado el más alto éxito económico y social, podrán obtener el respeto y la admiración de los demás, borrando las huellas de la mala conducta que les permitió acceder a tan alta posición. Pero, generalmente, estas personas no consiguen alcanzar los altos puestos que ambicionan, y en el caso de que los alcancen, pronto se percatan de que no logran el honor que acompaña a tales puestos, porque tal honor aparece contaminado por la incorrección de los medios utilizados para alcanzarlos. El recuerdo de las maldades cometidas persigue al ambicioso que las cometió, de modo que vive angustiado por la vergüenza y el remordimiento, a pesar de que la gloria parece rodearle por todos lados.

En general, tenemos una predisposición a admirar y a imitar a los ricos e importantes, que por ello son capaces de fijar las modas en el vestido, en la conversación y en la conducta.

Hasta aquí lo que dice Adam Smith sobre el asunto en el capítulo 3. Por mi parte, voy a comentar algunos aspectos que me parecen relevantes para aclarar el texto en cuestión:

· La mayor parte de la reflexión de Smith está enfocada en la corrosión del carácter moral que provoca la admiración a los ricos y poderosos, mientras que apenas dice nada acerca de la actitud de menosprecio y olvido hacia los pobres. Al parecer, lo que Smith considera más corrosivo para el carácter moral de las personas es sobre todo esa actitud de admiración a quienes han tenido éxito social y económico, porque a menudo esa actitud les desvía del camino correcto en cuanto a los medios que deben ser empleados para conseguir lo que supuestamente todos los seres humanos deseamos, que es la obtención del respeto y la admiración de los demás.

· Por otro lado, el concepto de felicidad de Smith es la suma de tres factores: la buena salud, la ausencia de deudas y la conciencia tranquila (Smith 2017, I, 3, 1). Y lo que él considera que es la mayor infelicidad posible radica en la humillación de «*vernos forzados a exponer nuestra miseria a los ojos del público y sentir que, aunque nuestra situación es visible para todo el mundo, nadie se hace una idea ni de la mitad de lo que sufrimos*» (Smith 2017, I, 3, 2). De ahí que la mayor parte de nuestros esfuerzos, piensa Smith, tienen su origen en la vanidad, que nos interesa más que el sosiego o el placer. «*La vanidad* —dice Smith— *siempre se funda en la creencia de que somos objeto de atención y aprobación*». Por eso afirma que el hombre pobre está avergonzado de su pobreza: porque las personas pobres sienten que no se les toma en cuenta, mientras que las personas afortunadas y orgullosas rehúyen la visión de los pobres porque esa visión les perturba el disfrute de la felicidad con el desagradable espectáculo de su miseria.

· Smith insiste en que es la naturaleza, y no la razón, la que ha puesto el sentimiento de admiración a los ricos y poderosos como fundamento de un orden social que necesariamente ha de ser jerárquico (Smith 2017, I, 3, 2; I, 3, 3 y VI, 2, 1): «*La distinción entre rangos, la paz y el orden de la sociedad están en buena medida basados en el respeto que naturalmente concebimos hacia los ricos y poderosos. El alivio y consuelo del infortunio humano dependen totalmente de nuestra compasión hacia los pobres y míseros. [Pero] la paz y el orden de la sociedad son incluso más importantes que el alivio de los desdichados. […] La naturaleza ha sido prudente al dictaminar que la distinción entre rangos, la paz y el orden de la sociedad, descansarán con más seguridad sobre la nítida y palpable diferencia de cuna y fortuna que sobre la invisible y muchas veces incierta diferencia de sabiduría y virtud*» (Smith 2017, VI, 2, 1). En otras palabras: Smith da por sentado que se necesita una inclinación natural fuerte hacia la sumisión y la obediencia a quienes ostentan los puestos elevados de la sociedad para que ésta funcione adecuadamente, y no le parece especialmente grave que esa inclinación natural sea más fuerte que la compasión que nos impulsa a socorrer a los pobres. Lo que lamenta es que la vanidad y el afán de notoriedad de quienes están abajo y quieren llegar arriba, les impulse a querer alcanzar los puestos superiores por medios impropios e incorrectos. La raíz de la corrupción, tan extendida en las sociedades actuales, estaría en el afán de llegar al éxito por medio de atajos inmorales, en lugar de hacer los esfuerzos pacientes que se requieren (junto con la buena suerte) para lograr tal éxito.

· La reflexión de Adam Smith tiene más relación con la actitud de fascinación y

Es corrosiva para el carácter moral de las personas esa actitud de admiración a quienes han tenido éxito social y económico, porque a menudo esa actitud les desvía del camino correcto.

sometimiento ante quienes han sido afortunados y disfrutan de posiciones elevadas en la sociedad, que con la actitud de desprecio e ignorancia hacia los sufrimientos de las personas pobres que hoy llamamos actitud aporófoba, pues apenas se detiene a reflexionar sobre esta última.

· No obstante, está claro que Smith considera que es un error adoptar una actitud de menosprecio a las personas que están situadas en los niveles sociales más bajos por el mero hecho de que sean pobres. Aunque no lo explicita con claridad, no parece que crea que la causa principal de su pobreza sea culpa suya, sino más bien de la mala suerte de haber nacido en un contexto social desfavorecido: la causa de la pobreza es, principalmente, la mala fortuna.

Otro precedente interesante de la actitud aporófoba es el argumento del biólogo Garret Hardin en su artículo de la «ética del bote salvavidas»: «Living in a Lifeboat» que se publicó por primera vez en la revista *Bioscience* de octubre de 1974. En dicho artículo, este autor dice que deberíamos dejar morir a las personas pobres, porque, si se les ayuda, todos nos hundiremos en la miseria, de modo parecido a como ocurre en un naufragio: si todos los que están en el agua pretenden subir a bordo del bote salvavidas, el bote se hundirá. Lo que no dice Hardin es que su metáfora no refleja en absoluto lo que ocurre en el mundo, donde en realidad la gente rica va en un gran buque, y las personas pobres podrían subir a él sin que el buque se hunda.

4. LA ÉTICA DE LA RAZÓN CORDIAL: UN ANTÍDOTO CONTRA LA APOROFOBIA

Es un error adoptar una actitud de menosprecio a las personas que están situadas en los niveles sociales más bajos por el mero hecho de que sean pobres

El argumento básico de la ética de la razón cordial elaborada por Adela Cortina en el marco más amplio de la ética discursiva de Apel y Habermas, marco que esta autora pretende perfeccionar introduciendo nuevos elementos, es una antropología de inspiración hegeliana que ha sido desarrollada por autores como Mead (1999), Honneth (1997) o Taylor (2009), además del propio Hegel (2017): «únicamente a través de la inserción en una comunidad de comunicación los sujetos pueden configurar su propia identidad» (Ortega 2019, 220). De ahí que la interacción dialéctica entre la comunidad que acoge y socializa al individuo vulnerable y la aportación que el individuo socializado hará a la comunidad dará lugar unos vínculos de solidaridad que conforman la base ética en la que asienta la moralidad: estos vínculos primigenios son unas *ob-ligaciones*, es decir, unos lazos de reconocimiento mutuo que nos ligan de modo permanente a lo largo de nuestras vidas, recordándonos que somos seres vulnerables e interdependientes. Esta antropología del reconocimiento recíproco aporta un fundamento filosófico a dos principios éticos básicos que son condición de posibilidad de todo pacto o contrato: el respeto por la igual dignidad de toda persona y la compasión ante el dolor de los sujetos vulnerables. Frente a la lógica de la cooperación, basada todavía en una autocomprensión instrumentalista del ser humano, en la lógica del reconocimiento los compañeros de interacción se conciben mutuamente como

fines en sí mismos cuya dignidad reclama respeto, incluso cuando no es previsible que esta actitud reporte al agente beneficio alguno. (Ortega Esquembre 2019, 219). Así pues, la superación radical de la aporofobia exige ir más allá de una ética de nivel convencional en el sentido de Kohlberg y situarse en una propuesta filosófico-moral de nivel postconvencional, en la que los principios racionales de reciprocidad y cooperación autointeresada, típicos de las teorías contractualistas y neocontractualistas, se complementen con el «reconocimiento cordial»: se trata de un tipo de reconocimiento que potencia el sentimiento de compasión inspirado por la vulnerabilidad constitutiva del ser humano. Dicho en términos coloquiales: es irracional despreciar y rechazar al pobre por dos razones fundamentales: 1) porque los seres humanos únicamente llegamos a ser tales mediante el reconocimiento recíproco, que nos liga de por vida con la humanidad que nos ha acogido en su seno; y 2) porque el sentimiento de la propia vulnerabilidad nos despierta un sentido de la justicia y de la solidaridad universalista que nos impulsa, y nos debería impulsar toda la vida, a proteger y amparar a quienes se encuentran en apuros.

Referencias

Cortina, A. (1998), *Hasta un pueblo de demonios. Ética pública y sociedad*. Madrid: Taurus.

Cortina, A. (2000), «Aporofobia». *El País*, 7 de marzo de 2000, 14.

Cortina, A. (2007), *Ética de la razón cordial,* Oviedo: Nobel.

Cortina, A. (2010), *Justicia cordial*, Madrid: Trotta.

Cortina, A. (2017), *Aporofobia, el rechazo al pobre. Un desafío para la democracia*. Barcelona: Paidós.

Darwin, Ch. (1980), *El origen del hombre y la selección en relación al sexo.* Madrid: Edaf.

Hardin, G. (1974), «Living on a lifeboat» *Bioscience* 24 (10), 561-568.

Hegel, G. W. F. (2017), *Fenomenología del espíritu.* México: Fondo de Cultura Económica.

Honneth, A. (1997). *La lucha por el reconocimiento*, Barcelona: Crítica.

Martínez Navarro, E. (2002), «Aporofobia», en Conill, J. (dir.) *Glosario para una sociedad intercultural*. Valencia: Bancaja, 17-23.

Mead, G. H. (1999), *Espíritu, persona y sociedad.* Barcelona: Paidós.

Ortega Esquembre, C. (2019), «La aporofobia como desafío antropológico. De la lógica de la cooperación a la lógica del reconocimiento», *Daimon* 77, 215-224.

Smith, A. (2017), *La teoría de los sentimientos morales* [original inglés de 1759, revisada y ampliada en 1790]. Trad. De Carlos Rodríguez Braun. Madrid: Alianza.

Taylor, Ch. (2009), «La política del reconocimiento», en: Gutmann, A. (ed.), *El multiculturalismo y la «política del reconocimiento».* México: Fondo de Cultura Económica.

Es irracional despreciar y rechazar al pobre.

sacramentos de la vida

Andrés Muñoz

SAMARITANISMO

Todas las personas subimos y bajamos por los caminos de la vida. Todos tienen distintas trayectorias, en las que nos encontramos con oasis, sueños, miedos, inseguridades, deseos. Hay tramos en los que los bandidos con nombres y sobrenombres nos están esperando para atacarnos: bandido alias enfermedad, alias pobreza, alias neoliberalismo, alias paro, alias violencia machista…… Somos vulnerables y nos sentimos despojados, molidos a palos, medio muertos y algunos muertos enteros.

En este año tan redondo (20-20) un bandido peligroso, alias coronavirus, por arte de polilocación, ha invadido todos los caminos del mundo y ha dejado en la cuneta (en los hospitales, las UCIS, en la calle, en los ERTES, en los cementerios) muertos, enfermos, malheridos, pobres, huérfanos. Aunque en este camino, transitado por gentes de todos los pelajes, y ante un bandido, el más bandido que muchos no habíamos conocido hasta ahora, ha habido de todo: rodeos, falta de vista, cercanía, vecindad, solidaridad, saludos y aplausos; caminantes que se han parado a echar una mano a los heridos y otros que han pasado de largo o han mirado para otro lado. Sacerdotes del egoísmo que con su corta vista no han visto mas que al yo; al tu, al otro, a los demás los han olvidado negando la pandemia, los heridos, el dolor, los muertos. Ha habido levitas y tiralevitas de la economía que dieron el rodeo de poner el dinero y la ganancia por encima de la vida, la dignidad. Algunos otros sumos sacerdotes de la política, en vez de pactar y unirse para rodear la pandemia, prefirieron rodearse de poder, de poner más interés y más cuidado en la ideología, en el partido o en la renta electoral.

Este bandido impresentable, faltón, dañino, (con otro alias, Covid 19) nos obligó a abrir las puertas de la razón y nos hizo ver la malversación

que hemos hechos de los fondos acumulados del sentido común y como reacción de supervivencia a muchas y muchos nos ha tocado la fibra humana más sensible de la cooperación, la creatividad, la alteridad, la solidaridad, el samaritanismo.

Y así por los caminos urbanos, por los patios de vecinos, por las granjas agrícolas y ganaderas, por las carreteras, por las parroquias, por las terrazas y balcones, por las vías del voluntariado espontáneo, por las rutas on line y, sobre todo, por los hospitales, consultorios, centros de salud, miles de samaritanos, que iban haciendo el viaje de su vida, vieron y se compadecieron de los malheridos en la cuneta: enfermos, sin techo, sin comida, sin compañía, sin trabajo, sin internet. Se acercaron, ellas y ellos, curaron muchas heridas del cuerpo y del alma con el aceite de la profesionalidad y la risa y con el vino de la generosidad; limpiaron, curaron y vendaron heridas de soledad, incomunicación, tristeza con apósitos de whatsapp, cartas, transistores, mensajes; se montaron cabalgaduras personales a base de redes, conexiones, grupos con los que se transportaban alimentos, medicinas, cultura, consuelos y cuidados que llegaban hasta las posadas: residencias de mayores, comedores sociales, albergues, centros terapéuticos, familias. Incluso se habilitaron hoteles y hostales de acogida para los que no podían pagar una vivienda o una habitación y hasta hubo samaritanos excepcionales, que ante necesidades «incurables» no desistieron, porque para ellos no hay situaciones «incuidables».

Pero el samaritanismo no debe ser algo puntual, recurrente en tiempos de extrema necesidad. En clave de utopía debe ser una actitud estructural afincada en la conciencia ciudadana. Y hay hombres y mujeres que lo llevan en el adn y a flor de piel y lo hacen a diario y pret a porter. Todas y todos conocemos a personas de estas que, perteneciendo a la misma especie humana, tienen algunas características especiales como mejor vista, fijan mejor la mirada y tienen el corazón más grande. Yo conozco dos personas de estas y os las voy a presentar: son **Tomasi y Paco o Paco y Tomasi,** da igual, porque son un lote indivisible. **Tomasi** en edad de jubilada (aunque no se ha jubilado de nada), ama de casa, de profesión sus labores de criadora, cuidadora, visitadora, conversadora, creyente, compañera del ama de Paco, vecina encontradiza, abuela.

Paco siempre fue un activo humano con acumulación de recursos en vivo y en directo, currito de toda la vida, hombre práctico y exento de «reunionitis», deportista de la vida y en la vida, dado a lo inmediato y al ya, compañero del alma de Tomasi , padre de cuatro hijos y nueve nietos. *Y, sobre todo, samaritano a domicilio.* Montado en su bici, en la que se pasó más media vida pedaleando, se iba por los caminos del barrio, de la ciudad y llegaba a las casas de los amigos, vecinos, familiares, amigos de los amigos, compañeros de trabajo o del club ciclista o al colegio de sus hijos y allí siempre había algo que arreglar, poner en orden o añadir un cuidado: una caldera, un grifo, un pegote de cemento, llevar un colchón a casa del abuelo o hacer un artilugio de su cosecha para solucionar una necesidad. Era el arregla todo; el samaritano mecánico, transportista, fontanero, solucionador fácil. Era el samaritano que cuida lo nuevo y arregla lo viejo. Y a un precio módico: una sonrisa,, una amistad, un gracias, un hasta luego.

Era samaritano con gusto, con gracia, con normalidad.
Por los caminos de bici llegó hasta la cárcel, donde estaban los heridos de la vida. Y allí ponía aceite, vino y vendas de esperanza, de consuelo, de optimismo, de manualidades terapéuticas.

Y como no podía parar, lo de darse era endémico en él, llegaba a echar manos en el Banco de Alimentos, en Cáritas y en colectivos que necesitaban ayudas puntuales.

Paco era un todo terreno samaritano, hasta que pudo, porque un día un bandido, llamado infarto, lo dejó en la cuneta de la carretera junto a su bici de toda la vida, bici deportiva y solidaria. Pero que le quiten lo bailado: hizo muchos kilómetros de compañerismo, de solidaridad, de generosidad, de cuidados familiares y sociales.

Tomasi, compañera del alma de Paco desde la juventud, también practica el samaritanismo; creo que fue un contagio mutuo, se inocularon eso del evangelio de hacer a los demás lo que quisieras que hicieran contigo-

Sin una profesión laboral ejerce de ama de casa de acogida de su familia y, a la vez, de vecinos, amigos, que se le meten en casa porque siempre la tiene abierta. Además conoce muchas casas del barrio, porque su conversación, sus saludos, sus miradas, su atención la han acercado a muchas personas creando una relación de proximidad, o sea, «de projimidad», que es terapéutica. Así como Paco era el samaritano espontáneo, arreglador manual, Tomasi es más bien la sanitaria interior, va más directamente a las heridas de la vida: al dolor, a la soledad, la vejez, la necesidad personal latente. Es muy conocida en el barrio y es la que más vecinos conoce y más detalles de su vida, porque es una conversadora provocativa, no de entretenimiento vecinal, sino de relación para conectar, conocer, compartir. Ella habla y mira con intención solidaria y descubre o intuye en las otras personas actitudes, valores, necesidades, que los demás no logramos en una relación superficial. Cree necesario romper las barreras de aislamiento que padecemos en medio de la multitud urbana. Le interesa la convivencia callejera, del barrio, ir más allá del buenos días y hasta luego; quiere crear cercanías, complicidades interpersonales y poder ir avanzando hacia planteamientos comunitarios, porque, como dice un vecino amigo común que esta forma de actuar ayuda a seguir creyendo en el género humano y hacer que nuestro mundo sea más habitable y nuestro barrio más fraterno.

Cáritas es otro lugar y otra forma de encontrarse con los malheridos, sobre todo, inmigrantes e intentar curar ciertas heridas y cicatrices.

Pero Tomasi también practica el encuentro consigo misma, lo necesita como el respirar. Y esto lo consigue en la vivencia en grupos y comunidades cristianas donde el evangelio se escucha, se rumia, se interioriza y luego lo cumple en la cocina, en la calle, en el paseo, en la oración, en el zen, de día y de noche, las veinticuatro horas.

He dejado para el final la palabra directa de Tomasi, porque, por inesperadas circunstancias que la vida trae, la samaritana del camino pasó a ser víctima, molida a palos por el bandido *coronavirus,* aunque bien agarrada a sus cuerdas no cayó por el precipicio.

Palabra de Tomasi:

COGIDA A MIS TRES CUERDAS

Unos amigos muy queridos me piden que comparta mi experiencia de haber pasado por ser una de tantísimos contagiados por el Coronavirus.

Contarlo en un breve espacio y sin extenderme demasiado, pero lo suficiente para comprenderlo, no es fácil.

Es una experiencia que toca muchos aspectos, muchas sensaciones, muchos estados de ánimo.

En mi caso, lo más probable, parece que el contagio pudo darse en una fiesta familiar, ya que después hubo otros afectados. A los cinco días comencé con síntomas gripales. En casa, sola, estuve una semana. Como único remedio « Paracetamol». Sin más diagnostico ni tratamiento.

A la semana de espera, sin saber qué esperaba, se me encendió la luz !! Bendita luz ¡!

Me puse en movimiento, hasta llegar a las Urgencias del Hospital de Getafe, que es donde vivo.

Atención rápida y efectiva. Pruebas: confirmado, tenía el COVID-19. Positivo, con principio de Neumonía que avanzaba con rapidez y 72 años. Ingreso inmediato.

Ya en planta comienzo un tratamiento muy fuerte y agresivo, que provoca muchas molestias, algunas parecen imposible de sobrellevar .

Así estuve una semana. Al séptimo día comenzó la mejoría. En un intervalo de dos días fue pasar del « infierno a la gloria «. Me parecía un milagro.

Y si terminara aquí este relato, sentiría incompleta mi experiencia , si no os digo, qué me ha ayudado, qué me ha sostenido, en todo este proceso , a qué cuerdas me he agarrado para no caer por el precipicio : En lo anímico, lo

espiritual, a un miedo paralizante..

La Oración, sobre todo de súplica, de confianza, de abandono; los Salmos eran mi mantra: «Confiaba el destino de mi vida al Dios de mi salud «

La Red que me sostenía, por la única vía de conexión, el móvil. Mensajes de apoyo, de fuerza, de ánimo, de resistencia… Mi familia, amigas y amigos, CEMI, mi Comunidad Cristiana.

Eran el corazón que bombeaba amor.

El Arte del Camino del Zen: Poner en práctica lo aprendido y vivido durante cuarenta años de meditación. Estar en el momento, con toda el alma, en lo que estés viviendo, sintiendo, allí sin anticipar, lo que vendrá después. Paso a paso, momento a momento.

Y recogerme en el interior silencioso, que siempre está ahí. En ese espacio, donde todo está bien, donde estoy a salvo.

Y así llegue a los once días de ingreso. Era lunes, cuando la Doctora Mercedes me preguntó: Tomasa, ¿se quiere marchar a casa?

De lo más profundo de mi ser, brotó una alegría como no recuerdo haber sentido antes.

T odo en mi era gratitud hacia el Personal Sanitario; todo lo que se dice de ellas y ellos es cierto ¡Cuánto cuidado amoroso, cuánta humanidad y comprensión del sufrimiento humano!

Por mis tres cuerdas, que me habían sostenido y a Dios en medio de todo, siendo el TODO en todo cuanto ES y existe.

Cuando tras cinco semanas salí por primera vez a la calle, en mi caso a una senda peatonal que tengo al lado de casa, iba sola , sentía el viento fresco, cerré los ojos , noté el sol, contemplé el verde de los árboles , el azul del cielo . Comencé a rezar el Padre Nuestro despacio, muy despacio y lloraba y lloraba y rezaba.

Me sentía como la Primavera : Renovada, Revitalizada, «Resoplada» por el soplo del Espíritu Pascual .

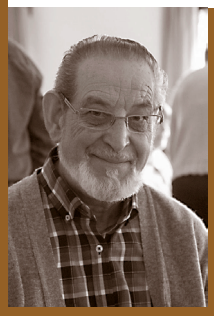
BOLETIN DE SUSCRIPCIÓN

Donativo Ordinario 30 euros al año Apoyo a Moceop 60 euros

NOMBRE Y APELLIDOS			DOMICILIO	
TELÉFONO	**LOCALIDAD**		**C.P.**	**PROVINCIA**

BANCO O CAJA										LOCALIDAD									
COD IBAN				**CLAVE**				**AGENCIA**				**D.C.**		**NÚMERO DE CUENTA**					
E	S																		

IMPRESCINDIBLE RELLENAR LOS 24 DÍGITOS



DECÍAMOS AYER…

Pepe Mallo

Los temores de ayer vuelven a reconcomernos hoy. Andamos entre fases y desfases, entre brotes y rebrotes. Las reformas estructurales de la Iglesia no llegan.

Ignoro si la conspicua expresión frailuiseña» subsiste solo en los anales anecdóticos o si comporta legítima autenticidad. Lo que sí atestiguo es que se puede transponer al momento actual. Los días de vacaciones descolocan: estás todo el año en cautividad y de repente te sueltan y puedes hacer lo que quieras… Y cuando uno regresa a la «nueva normalidad» tras estar «desenredado» durante un tiempo respirando aires yodados y salitrosos de la mar, se encuentra con lo mismo de ayer. Porque lo que decíamos ayer, «confinamiento», lo podemos afirmar hoy. La «desescalada» de ayer se torna en «redesescalada» de hoy. Los temores de ayer vuelven a reconcomernos hoy. Andamos entre fases y desfases, entre brotes y rebrotes. ¿Regreso o regresión?

Mirándolo bien, pocas novedades se han producido de ayer a hoy: la lamentable pérdida de Mons. Casaldáliga, el obispo del auténtico testimonio, el obispo «sinsin»: sin mitra, sin báculo, sin palacio, sin coche, sin complejos, sin pelos en la lengua…; las iglesias medio vacías, rectifico, no quiero ser pesimista, «medio llenas»;

la nueva normalidad en el Vaticano: «el público vuelve a las audiencias generales de Francisco»; el enigmático confinamiento del rey emérito; mujeres en el Consejo Vaticano, mujeres que «también pueden representar a Jesucristo»… También han repiqueteado oscuras afirmaciones y opacos comportamientos de montaraces obispos e indómitos cardenales.

El largo y cálido verano nos ha brindado la oportunidad de una reflexión, llamémosla «social». El trato con la gente, incluso con la más cercana, nos ha resultado sofocante. Con las mascarillas obligatorias, cubierto el rostro salvo los ojos, nos hemos convertido en «pura mirada». Más que personas de palabras nos hemos transformado en «gente de miradas». Aunque los ojos no hablan, una mirada puede decir muchas cosas.

Dice el refrán que «los ojos son el espejo del alma» porque reflejan de manera inmediata todas nuestras emociones, nuestros miedos, alegrías, inquietudes, tensiones, nuestros estados de humor, nuestro carácter. Con la sola mirada podemos infundir confianza, despreciar, seducir o provocar incómodas situaciones, sin necesidad del retador «¡mírame a los ojos!». Una mirada vale más que mil palabras. No estaba en mi intención disertar sobre la mirada, doctores tiene la Ciencia que sabrán ilustrar. Mi propósito quiere centrarse en enhebrar el ayer en el hoy, echando una ojeada a la expresión de los ojos de la grey clerical que he venido observando, o en imágenes o presencialmente, a través de mis estivales gafas ahumadas.

Confinado el rostro por la enojosa mascarilla, no apreciamos la sonrisa, la cordialidad, la emoción. Tampoco percibimos los rictus, la mueca, los »morros». Es a través de los ojos, de la mirada, donde descubrimos las intenciones y los pensamientos. Por eso me he entretenido en aguzar mi visión sobre las miradas jerárquicas que han protagonizado alguna incidencia «bochornosa» (propia del bochorno estival). Y he descubierto «miradas escudriñadoras», suspicaces, miradas retrato que solo ven un trozo de la imagen, miradas que recortan o que no miran ni ven más allá de sus narices. He atrapado «miradas desafiantes», miradas cargadas de resentimiento, de encono y de inquina, miradas que derraman fobia, jamás lágrimas. (No digamos las palabras que surgen de sus bocas; más les valdría llevar bozal en vez de mascarilla). He apreciado también «miradas vacías», miradas perdidas, ofuscadas, desorientadas, que paradójicamente expresan mucho sin decir nada. Y no han

faltado las «miradas narcisistas», miradas fatuas, vanidosas, engreídas que solo ven una imagen, la suya, sin considerar la mirada del otro. Siempre ven la paja en el ojo ajeno…

Y como remate, leo en RD, de la pluma de J. Bastante: «Antonio María Rouco Varela, ha logrado ser recibido por el Papa Francisco una semana antes de que Bergoglio reciba a la nueva cúpula episcopal española.» ¡Cómo me gustaría presenciar el «cruce de miradas» entre ambos jerarcas! Conocemos bien el rostro y la mirada de Francisco, aunque lleve mascarilla. La vemos prácticamente todos los días en los medios. Una mirada limpia, acogedora, sincera, amistosa, comunicativa, francota. La de Rouco no resulta fácil de precisar. A veces se adivina afectada, disimulada, astuta. Otras, recelosa, torva, insidiosa, artera, siniestra (aunque capitanee la extrema derecha). Y no pocas veces, mirada ególatra y presuntuosa. Entraría en las categorías que he denominado miradas «escudriñadoras y desafiantes». Confío en que Francisco guardará la «distancia de seguridad» mental respecto a Rouco. Espero no tener que visitar la óptica…

Sin embargo, no siempre es bueno echar la vista atrás. También hay que proyectarla hacia el futuro. Y volviendo al título de mi reflexión, recordemos hoy el «decíamos ayer».

Me lo sugiere el comentario de RD: «El Papa ya tiene terminada la constitución apostólica, que el coronavirus ha frenado». (J. Bastante). En estos momentos, el proyecto de constitución apostólica llamada 'Praedicate Evangelium' sobre la reforma de la Curia, está en el limbo. Con la llegada del Papa Francisco al pontificado, en 2013, llegaron a la Iglesia aires nuevos. Empezó a respirarse un efluvio más higienizado en las formas externas y un Papa más cercano a la gente. Francisco abrió las puertas de la Iglesia. Y soñábamos con reformas.

Pero han pasado siete años y las reformas estructurales de la Iglesia no llegan. El Consejo de Cardenales que nombró el Papa al inicio de su pontificado para la reforma eclesial, no parece haber terminado sus trabajos. Aunque, si aceptamos la noticia, está a punto de publicarse. Las exhortaciones post sinodales de Francisco, si bien contienen aspectos muy meritorios, en la práctica tampoco han modificado nada. El «decíamos ayer» frailuiseño no ha encontrado todavía su hoy. Cómo me recuerda aquel reiterativo «puedo prometer y prometo» de la transición, complementado con la consigna «sin prisas pero sin pausas». Parecería que Francisco tiene medidos sus tiempos.

Sin embargo, pienso que hay un hoy más preciso, más al alcance del pueblo, sobre el que hay que dirigir una incuestionable «mirada de alerta» porque necesita una auténtica e inmediata reforma. La «atención primaria», o sea, las parroquias. Evangelizar no es solo sacramentalizar. Debería redefinirse, modificar los procesos de catequesis. Priorizar la vivencia del Evangelio y después justipreciar la vida cultual y litúrgica. Lamentablemente las cosas se dan al revés… Y esto ya lo «decíamos ayer».

¿DÓNDE ESTÁ LA RELIGIÓN EN ESTOS TIEMPOS DE PANDEMIA?

Victorino Pérez

¿Dónde está la religión?
Se preguntaba Suso de Toro, amigo y colega
en las páginas de opinión del diario gallego Nós.
«¿Dónde está la religión?... en un momento en que estamos obligados
a encarar con ansiedad la enfermedad y la muerte».
Y el conocido escritor gallego hablaba de un «vacío importante».

Yo contestaba en mi columna de este miércoles –en el breve espacio de los dos mil caracteres– que la religión está en la vida de cada día, en la de mujeres y hombres que ríen y que lloran, en los que sufren y desesperan y en los que los atienden, en los que encuentran y dan razones para vivir en tiempos de desaliento. Una religión bien viva sobre todo cuando está imbuida de espiritualidad, y –para los cristianos– de Evangelio, más que de dogmatismos y normas infumables, de rituales rígidos, trasnochados e intolerantes, de autoritarismo y formas jerárquico-patriarcales.

La religión –añadía– está en estos días y siempre en la atención solícita y amorosa a los enfermos y a los más indefensos y desgraciados de este mundo, a los últimos y a los que ven de cerca a la muerte; está en una «ética samaritana», como recordaba recientemente Frei Bento. Esa ética generosa –como en el relato evangélico– no distingue entre personas creyentes-religiosas o creyentes-no religiosas –pues todas son creyentes, ya que si no creyeran en el valor de ese sacrificado esfuerzo de entrega al hermano/a, no lo harían–, pero entre ellas también están las personas creyentes-religiosas, y seguramente muchas, aunque las monjas ya no se vean en los hospitales tanto como otrora.

Pero la religión está también en los que quieren vivir la vida con sentido, unificada; abiertos al Misterio, a Dios, que buscan una plenitud a la que se sienten imperiosamente llamados. La religión está en los que, aun viendo la enfermedad y la muerte como algo serio para temer y combatir, no le tienen pavor porque saben que es sólo un paso a más vida; está en los que sienten que venimos del Amor y vamos al Amor.

En esto está la religión y la espiritualidad que debe impregnarla, más que en las procesiones y solemnes ceremonias, bendiciones con el Santísimo por la calle o desde un helicóptero, como hemos visto que se hizo estos días en Italia. Cosas que pueden ayudar legitimamente a algunos en su religiosidad, pero apartan a otras muchas personas, hermanos y hermanas nuestras, de la experiencia religiosa en nuestro secularizado siglo XXI.

En este sentido, coincido con mi colega José Maria Castillo que estas manifestaciones, sobre todo en el caso actual, incluso «son un estorbo y hasta un peligro». Y me parecen deplorables las palabras del Cardenal Burke, diciendo que «los grandes males como la peste son efecto de nuestros pecados actuales», y hasta blasfemas si quiere decir que son un «castigo de Dios»; deplorables y perjudiciales como su llamada a no aceptar las normas de contención que van imponiendo justamente nuestros gobiernos, que él desprecia como «seculares», pues «tratan la adoración a Dios como ir a un restaurante».

A este respecto, aplaudo manifestaciones del papa Francisco como las realizadas en la entrevista de Jordi Évole, diciendo que «Dios perdona siempre. Nosotros perdonamos de vez en cuando. La naturaleza no perdona nunca. Los incendios, los terremotos... la naturaleza está pataleando para que nos hagamos cargo de su cuidado». Y que lo que haría ante quien ha perdido estos días a un ser querido, no sería decirle palabras tópicas y a veces inhumanas, por muy religiosas que puedan parecer a algunos curas. Sino que «lo último que haría es decirles algo –dijo Francisco-. Lo que trato es hacerles sentir mi cercanía; es más importante el lenguaje de los gestos que el de las palabras».

Pero no comparto su renovación de la «indulgencia plenaria» o las «indulgencias especiales» que proclamó con su anuencia el reciente documento publicado por la Penitenciaría Apostólica (¡!) vaticana, ofreciendo indulgencia plenaria a los enfermos de coronavirus y a sus cuidadores. Porque –como bien decía el colega Xabier Pikaza- «la indulgencia es Dios», no es del papa o el obispo.La

indulgencia plenaria no puede ser otra cosa que el amor pleno de Dios regalado en Cristo; es «la misma identidad de Dios». En buena teología cristiana, no podemos menos que decir que la «indulgencia» es la actitud constante y permanente del Dios clemente y misericordioso, del Dios que sólo sabe amar y que nunca «retrasa» por nada ese amor incondicional a sus hijos e hijas, sujetándolo a normas teológicas y menos a decretos canónicos. Aunque sí me alegra que el papa y los capitostes vaticanos aprueben la posibilidad de dar la absolución colectiva, a varios fieles juntos «sin previa confesión individual», como ya desde hace muchos años hacemos bastantes sacerdotes en nuestras comunidades, con el agradecimiento de quien la recibe.

En la misma línea, me alegró que el papa propusiera poco antes el valor de la «confesión directa» de los fieles ante Dios, en ausencia de sacerdote. A este respecto, es también valioso el hecho de que el documento de la Penitenciaría sugiera «la necesidad y conveniencia de crear, de acuerdo con las autoridades sanitarias, grupos de capellanes extraordinarios de hospitales, con carácter voluntario y en cumplimiento de las normas de protección contra el contagio, para garantizar la necesaria asistencia espiritual a los enfermos y moribundos».

Seguramente es una labor que están haciendo ya muchos curas, y he tenido noticia de algún prete italiano muerto en esa entrega a su prójimo, dando su respirador a otro hermano más joven; fue Giuseppe Berardelli, que falleció en el Hospital Lovere, de la hermosa y castigada ciudad de Bérgamo. Seguramente no fue el único de los 50 curas italianos que han muerto ya por el coronavirus. Yo recordé a los capuchinos que murieron entregados a los apestados en el lazareto y las calles de Milán, en la peste de 1630, como narra magníficamente Manzoni en su novela I promessi sposi (Los novios).

Pero, a pesar de mi crítica de ciertas ceremonias religiosas necesariamente realizadas con todos los capisayos litúrgicos, estoy convencido de que los ritos son importantes en la expresión y celebración de las vivencias religiosas. Para los cristianos –católicos y de otras confesiones evangélicas– particularmente los sacramentos. Estos ritos simbólicos son mediación visible, legítima y eficaz, de una Presencia invisible; especialmente la eucaristía, la celebración gozosa de la presencia liberadora de Cristo Resucitado. Por eso, no me gusta la contraposición entre religión comunitaria y espiritualidad personal; o entre religión y Evangelio, que hace repetidamente Castillo. Aunque pienso que la espiritualidad debe impregnar siempre y aún estar por encima de una religiosidad que a veces se ha desentendido de aquella, considero que credos y celebraciones comunitarias pueden y deben ayudar en la experiencia espiritual y en una ética samaritana.

Concluyo con unas palabras de Willigis Jäger

(en la foto con Raimon Panikkar) ese místico de nuestro tiempo, maestro admirado por unos y repudiado por otros, monje benedictino y maestro zen, que falleció hace pocos días: «No tienes por qué tener miedo. ¡Extiende tus manos! Serás llevado. Al final tendremos que hacer tan sólo una única cosa: desapegarnos. Dichoso aquel que termina a tiempo su búsqueda allá fuera, queriendo volver a la casa paterna, como el hijo del relato del Hijo Pródigo»; un relato que prefiero llamar la «Parábola del Padre bueno», verdadero protagonista de ese relato sobre el amor incondicional de Dios Padre-Madre.

ME CONFIESO: DE VIRUS Y VALORES

Juan Zapatero

Durante bastante tiempo de confinamiento he recibido información más que abundante y opiniones de todo tipo sobre la COVID-19 en sus diversas vertientes. Desde el primer momento me llamó mucho la atención una serie de escritos en los que se presentaba al susodicho virus casi como el gran salvador y garante moral de la sociedad en el futuro. Me viene a la memoria de manera especial un escrito en que, sirviéndose del género epistolar y de fábula, la COVID -19 se dirigía a la sociedad recordándole que no había venido para hacer daño, sino para enseñarla como debería vivir a partir de ahora para que el planeta, la vida comunitaria a todos los niveles y la vida personal comenzasen a tener un enfoque muy diferente al que habían tenido hasta ahora, alcanzando de esa manera el verdadero sentido. Debo puntualizar que, ya desde el primer momento, me pareció que el escrito en cuestión venía cargado de una moralina bien estante y demasiado burguesa, pues intuía que iba dirigido casi de manera exclusiva, por no decir totalmente, a los países, pueblos, sociedades y grupos «de bien» del planeta. El resto de la población planetaria ya podía continuar como lo había venido haciendo hasta ahora. ¡Total!

Pues bien; llegado a este punto, quiero decir de manera muy clara y matizarlo con la máxima rotundidad que a mí ni este virus ni ningún otro me han enseñado ni creo que me enseñarán nunca cómo debo vivir para conseguir que mi vida, a nivel personal y en relación con el universo y con la de las demás personas, comenzando por las más desfavorecidas, tenga el sentido que aporta la felicidad verdadera. Siempre en cuanto de mí dependa, claro está. Es evidente que nada podré hacer si factores externos a mi vida se cruzan en mi camino sin yo quererlo y me lo impiden. Y todo ello por una razón tan fundamental, como la que me lleva a pensar que «Si de verdad necesitamos virus para ser más humanos, solidarios y ecológicos, habrá que ir llegando a la conclusión de que nuestra mente y nuestro corazón padecen una enfermedad incurable». Sí, así de simple, pero, también, así de claro. Y para que esto no quede por mi parte en el plano de la generalización, voy a sacar a la palestra algunas parcelas concretas de la vida.

En primer lugar, a mí ningún virus me ha enseñado hasta ahora que no solamente no debo abusar de la naturaleza ni del cosmos en general, sino que la debo respetar y cuidar con el mayor esmero y cuidado posible. Quiero decir de manera previa que, por mi formación cristiana, hace tiempo que aprendí esta lección «*Creced, multiplicaos y cuidad la tierra*» (Gen 1,28). A medida que fui creciendo, fui asumiendo, cada vez con más fuerza, que la Naturaleza no es mi enemiga, sino todo lo contrario, mi madre y mejor aliada de cara a protegerme y ayudarme a crecer en harmonía con todas las personas que habitan el planeta y con el universo entero. Más aún, aunque solamente fuera desde una visión egoísta y utilitarista, llegué un día, hace ya mucho tiempo, a la conclusión de que todo me iba a ir mejor si era capaz de cuidarla y tratarla con mimo. Por si alguien piensa que esto solamente debe estar al alcance de unos pocos, incluyéndome a mí, yo le respondería diciendo que es un tema, como la gran mayoría,

supongo, que personalmente he ido entendiendo y aplicando poco a poco a mi vida; no precisamente por estar dotado de una sagacidad especial y superior a la de otras personas, sino porque, al menos de vez en cuando, me he sentido «tocado» y he procurado hacer caso de las enseñanzas y las advertencias de biólogos, estudiosos del medio ambiente, ecologistas, expertos en ética ambiental, etc. Ahora bien, si todas estas personas, y muchísimas más de las cuales he aprendido tanto en esta cuestión, son los virus que necesita nuestra sociedad de cara a tomar conciencia respecto al cuidado y al respeto de nuestro planeta, pues, ¿qué queréis que os diga?, ¡bienvenidos sean; solo faltaba!

En segundo lugar, me entristece leer tanta literatura abonada también al tema en cuestión, pero relacionada, en este caso, con uno/a mismo/a y con las demás personas. Una vez más, quiero decir que ha sido en el Evangelio y también a través de los escritos de místicos/as de todas las religiones y de muchos pensadores y humanistas donde he descubierto la importancia y la necesidad del silencio personal, la reflexión, la interiorización, etc., como caminos necesarios e imprescindibles para ahondar en la crítica y, a la postre, en la capacidad de decidir con un cierto grado de libertad. Quede claro que, cuando digo esto, no me estoy refiriendo ni mucho menos a una cuestión confesional ni nada que se lo parezca. Hablo del intelecto, sin más, que, en principio, debería distinguir a toda persona. Todo ello me ha llevado a la conclusión de que una sociedad que se nutre en su inmensa mayoría de los sentidos y muy poco, nada en muchísimos casos, del pensamiento en todas sus vertientes, es una sociedad sujeta a la manipulación por doquier.

Me da la impresión de que el «*Conócete a ti mismo*» que aparecía inscrita en el pronaos del templo de Apolo en Delfos y que Platón difundió en sus diálogos continúa siendo la asignatura pendiente de nuestro tiempo; o, lo que sería peor, la hemos cerrado la puerta a cal y canto porque nos resulta demasiado molesta y/o peligrosa.

Por último, ¿qué decir respecto a los demás? Pues que mucho mejor que lo que pueda hacer cualquier virus ya dijeron los clásicos qué es lo que convenía que hiciéramos las personas a nivel mutuo. Por citar alguno de ellos, recordar las palabras de Publio Terencio Africano «*Homo sum, humani nihil a me alieno puto*» («*Soy un hombre, nada humano me es ajeno*»). El problema radica, entre otras cosas, en qué la sociedad en general ha ido creciendo en la visión frontal, por lo que a las relaciones humanas respecta. Es decir, no para de inculcarnos, implícitamente casi siempre, ¡solo faltaba!, que los demás son nuestros enemigos que evitar en vez de nuestros hermanos a quienes amar.

De nuevo, y para acabar, no puedo dejar de decir, en mi caso, que no tolero de ninguna de las maneras que venga ahora un virus a enseñarme, como si fuera la gran novedad, algo que hace ya mucho que aprendí también en el Evangelio; de manera clara y contundente en el capítulo 25 del evangelista Mateo.

Sin embargo, no puedo dejar de admitir que seguramente a muchísimas personas sí que las ayudará a hacer un cambio importante en sus vidas. ¡Pues muy bien! Pero me produce pena, porque, con todos mis respetos y sin pretender juzgar a nadie, si hasta ahora ha sido así, creo que tengo todo el derecho a preguntarme hasta cuándo durará semejante cambio. Y, por ende, la necesidad que tendrá de que vayan apareciendo virus de vez en cuando.

MIRANDO A CHINA

Enrique Saez

Hemos mirado con miedo a China por ser el origen de la pandemia que aun vivimos. Os invitamos a renovar la mirada más allá de los prejuicios; la tradición que el país del centro atesora, su inmenso caudal sapiencial así como la lealtad a la creciente comunidad china que convive con nosotros nos obliga a ello.

ESTUDIANTES: HÉROES, SANTOS Y MÁRTIRES

Cada tres de mayo, la gente del pueblo de Lian, en la ciudad de Fuan, se congrega al amanecer en el templo de *La brillante luna*, al oeste del condado y preparan ofrendas para honrar a su ancestro Xuelingzhi. La imagen, ataviada con túnica roja, bonete bialar y tupida barba es paseada en procesión por las calles del lugar precedida de estandartes, al son de tambores y bajo nubes de incienso. Si usted preguntara a cualquiera de los lugareños sobre cuál fue el mérito de Xuelingzhi para recibir tan distinguidos honores, la respuesta sería clara: *hincar los codos*, es decir, estudiar. Xuelingzhi es para los habitantes del Lian el paradigma del buen estudiante y eso en estas tierras no es cualquier cosa. En la tradición confuciana el estudio aporta a la persona que lo práctica una naturaleza cuasi-sagrada, iniciática, de ahí que en muchos templos el lugar de la enseñanza y el altar de la veneración no estén tan lejos el uno del otro.

Algunos han dicho que China inventó los exámenes y tal vez sea cierto, los llamados imperiales, presentes desde la dinastía Sui, a finales del siglo VI, se dividieron en diferentes gradaciones: locales, provinciales y el propiamente imperial llamado *dianshi*. En su configuración final, los candidatos respondían a cuestiones referidas a los Cuatro Libros y los Cinco Clásicos. Si a día de hoy alguien contemplara sus exámenes, y en algunos museos puede hacerse, se sorprendería por la extensión de los mismos, la ausencia de errores y su perfección inmaculada.

Podemos reconstruir la escena, la prueba transcurría al interior del Palacio de la Armonía, en plena Ciudad Prohibida. Duraba lo que la luz del día, del amanecer al atardecer. Sentado sobre su trono, el emperador presidia el evento. Ante él, los candidatos, encajados en pequeñas mesas, se esforzaban por verter el contenido memorizado en años. Algunas anécdotas hablan de desmayos o lapsus por la tensión y el cansancio acumulado. Al día siguiente todo se disponía para la gran ceremonia. Los aspirantes eran convocados en la misma estancia mientras el exterior, la gran explanada, se poblaba con representantes de los distintos ministerios. Un funcionario especial, el *Zhuanluguan,* cantaba el nombre de los participantes. Cuando llegaba a los tres últimos, los primeros puestos, añadía el rango, el lugar de origen y el nombre, después, el canto se repetía en la plaza adyacente coreado por los

guardias y así consecutivamente, brincando de patio en patio hasta saltar los muros de palacio. Más tarde, ese nombre se enmarcaba en la orla del emperador quedando pendiente la tarea de esculpirlo en las estelas de algunos templos. A continuación, el ganador, vestido de gala, era venerado en la llamada piedra *Ao*, donde se inscribe el proverbio, *Duan aotou, solo uno ocupa la cabeza,* para finalmente desfilar por la *Yudao*, la Calzada imperial, reservada al emperador. Pasados los fastos llegaba el viaje de regreso al lugar de origen, la mayor parte de las veces a través del Gran Canal. El pueblo del estudiante construía arcos ornamentales y decoraba la casa natal recibiendo por todo lo alto al nuevo héroe. Xuelingzhi, fue uno de ellos, e incluso a fecha de hoy sus paisanos le siguen pidiendo la bendición. El estudio, única posibilidad de ascenso interestamental, ensalzaba a la familia y por extensión a la comunidad.

También en nuestros días, si la ciudad posee un templo dedicado a Confucio, se puede observar algo que no ha cambiado en mucho tiempo. Los jóvenes que aprobaron un examen se acercan al lugar, pagan el donativo, escriben sus nombres o alguna frase sobre una tablilla roja, reverencian con tres inclinaciones la imagen del ancestro y por último, cuelgan dicha tablilla en la rama de un árbol en señal de agradecimiento. Desde la Ilustración se ha descrito el confucionismo no como una religión sino como un sistema filosófico-ético de pensamiento. Cuesta sin embargo entender lo que les explico sin el paradigma litúrgico y sin un elemento añadido para nada despreciable, la devoción.

En el pasado de aquel alumno que llegó al templo pudiera haber quedado el que en nuestros días sigue siendo considerado el examen más exigente del mundo, el *Gaokao*. Una auténtica carrera de resistencia que suele incluir jornadas maratonianas de estudio, apoyo familiar incondicional y una puesta en escena capaz de poner a toda la ciudad a disposición del evento: transporte especial, paralización en la construcción de obras cercanas al centro que pudieran alterar el obligado silencio y con los nuevos tiempos, sistemas de vigilancia de última generación, drones, coches blindados para transportar los exámenes y penas de prisión para los que osen copiarse. Los protocolos, puntillosos a la manera oriental, poseen estrategias para saber qué hacer incluso si se diera el caso de un desastre natural. Puede parecer exagerado a nuestros criterios, pero en el marco de la meritocracia china, el *Gaokao* marca un antes y un después en la vida de los jóvenes. Es difícil entrar en la universidad y fácil salir de ella, un poco a la inversa que en nuestras latitudes. Las familias, y más durante el periodo de la política del hijo único, depositan sus expectativas de progreso en la representación que el descendiente hace del apellido paterno. De ahí que cuando dichas expectativas no se ven cumplidas, la sensación de fracaso sea abismal y el índice de suicidios alto.

Las baremaciones actuales otorgan al inglés, el chino y las matemáticas, ciento cincuenta puntos. El resto de disciplinas recibe un puntaje inferior. Un punto arriba o abajo, en un país que posee el quinto de la población mundial, marca la diferencia. Los jóvenes pertenecientes a etnias distintas a la Han, la dominante, reciben puntos compensatorios aunque la gran brecha del resultado final viene condicionada por la procedencia del estudiante, en detrimento del área rural.

Las características que el estudio aporta en la construcción de la persona son especialmente valoradas por la cultura oriental: Disciplina, esfuerzo, autoconocimiento, constancia, control. Si acudimos a los clásicos, ser buen estudiante y ser buen hijo son casi la misma cosa. Así lo recuerda el *Dizigui*, obra del siglo XVII escrita bajo la dinastía Qing.

Sus *Normas para ser buen estudiante y buen hijo* están repletas de consejos en esta dirección:

Cuando mis padres estén enfermos, probaré la medicina antes de dársela. Los cuidaré día y noche y permaneceré junto a su cabecera. Durante los tres primeros años de luto tras la muerte de mis padres, los recordaré con gratitud y me entristeceré a menudo por no haber sido capaz de compensarlos por su bondad al criarme (Cap. I).

Si no pongo en práctica lo aprendido, y estudio sólo superficialmente, mis conocimientos aumentarán, pero no serán profundos. ¿En qué clase de persona me convertiría, entonces? Si aplico concienzudamente mis conocimientos, pero dejo de estudiar, lo que haga estará basado únicamente en mis opiniones y creeré que hago lo correcto pero de hecho desconoceré la verdad (Cap. VII)

Es la llamada piedad filial que estructura las sociedades de raigambre confuciana no sólo en China sino también en Corea, Japón, Vietnam, Taiwan y Singapur. Su sapiencialidad es clara, si el que ha estudiado no sabe cuidar de los padres algo no ha funcionado en el proceso. La potencialidad ética del estudio se retroalimenta en la praxis.

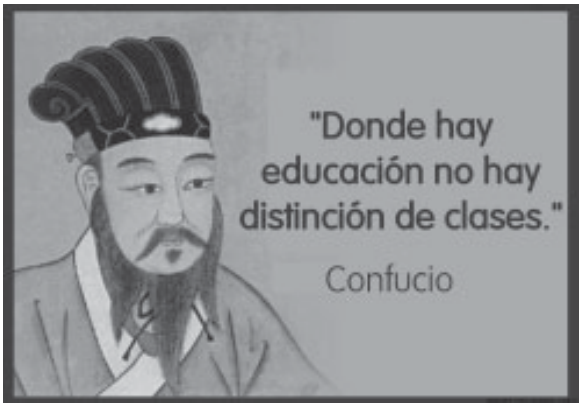
Igual de interesante resulta el Libro de los tres caracteres, *Sanzijing,* joya literaria de la dinastía Song escrita por Wang Yingling discípulo de Zhuxi, el que fuera artífice y promotor del llamado neoconfucionismo en el siglo XII. Adentrarse en el *Sanzijing* permite repetir el itinerario realizado por los estudiantes chinos hasta no hace mucho, y aunque es cierto que el lugar prevalente en el proceso pedagógico de la obra ha cambiado, para nada ha desaparecido de la escuela. La primera frase, atribuida a Mencio, ya es toda una declaración de principios: *Los seres humanos en su origen son de naturaleza esencialmente buena. La naturaleza nos acerca, las costumbres nos separan.* El programa educativo parte de esta naturaleza que produce el cielo por lo que el hombre de virtud mirará al origen que nos unifica. *El Libro de los tres caracteres* sospecha del ocio y ensalza la figura del estudiante que pone en práctica su esfuerzo.

El esfuerzo supera la falta de media. Lu

Wenshu, un pastor de la dinastía Han del Oeste, era de origen humilde y no podía comprar aceite para su alcuza… valiéndose de una bolsa de luciérnagas o gracias al reflejo de la nieve, aunque fuera de familia humilde no interrumpió su estudio.

O el siguiente pasaje que advierte de las fases vitales adecuadas para el estudio, aunque afirme sin ambages que no hay límites para la perseverancia: *Su Laoquan, a la edad de veintisiete años comenzó a aplicarse con ahínco en el estudio de los libros. Como ya era mayor su pesadumbre le llegó tarde. Vosotros pequeños estudiantes debéis reflexionar más temprano. Al igual que Liang Hao que con ochenta y dos años logró el primer puesto entre los muchos letrados ante el tribunal imperial. Como obtuvo tal éxito todos le consideraban alguien excepcional. Vosotros pequeños estudiantes debéis tomar una firme resolución.*

Igualmente la obra pone como ejemplo a estudiantes que llegaron a ser colosos gracias al desarrollo de sus capacidades *Ying con ocho años, era capaz de recitar de memoria el Libro de las Odas. «Mi» con siete años podía escribir versos sobre el ajedrez. Por su destacada inteligencia la gente los consideraba portentos.* Todo podría resumirse en el siguiente adagio: *De pequeño estudiar, de mayor desempeñar tu profesión, hacia lo superior servir al emperador, hacia lo inferior, beneficiar al pueblo,* con una última invitación a alcanzar la celebridad en el estudio: *Si se propaga tu renombre harás ilustres a tus*



padres, honrarás a tus antepasados y beneficiaras a tus descendientes. Estos principios, que tanto han influido a lo largo de los siglos y que todavía pueden sentirse en la educación contemporánea estructuran la sociedad china. *El que ocupa un cargo público debe dedicarse al estudio en sus momentos de descanso. El estudioso por su parte debe ocupar un cargo público cuando no se dedique a su investigación.* (Analectas, XIX, XIII). De ahí que esta «perfectabilidad» de la naturaleza humana que desarrolla el estudio con toda su potencialidad debe por lógica prolongarse en la responsabilidad cívica. Dicho con otras palabras, no hay cargo sin curriculum.

Se ha argumentado que la cultura de los exámenes *actúa como barrera para la expresión creativa, el pensamiento crítico y la resolución de problemas en la educación y, consecuentemente, en el trabajo* (Tin Wang, 2017). Sin embargo más allá del tópico conviene tener presente al menos tres aspectos: El primero es la forma en cómo el confucionismo hubo de balancear la nemotecnia con otro tipo de disciplinas como la poesía y la música –presente en los templos- en favor de un conocimiento profundo y no meramente superficial; el segundo nos recuerda la penalización del error con una consideración del mismo diferente a la europea, errar no es gratuito y el tercero, se refiere al concepto «copia», que no significa tanto imitación exacta sino seguimiento, discipulado en el que inevitablemente entra a colación la figura del maestro. Si se comprende lo anterior estaremos de acuerdo en que la creatividad a destiempo puede ser un atrevimiento.

Aun con todo, algo quedaría desdibujado en nuestra descripción si no habláramos de un paréntesis histórico digno de mención. Tras el nacimiento en 1949 de la República Popular China las conexiones con el pasado fueron despreciadas con la sospecha de proceder de un sistema feudal generador de pobreza. El proyecto confuciano *había castrado el país al servicio de la clase dominante,* se decía. Una editorial de 1974 perteneciente al Diario del Pueblo lo expresaba en los siguientes términos: *Aunque Confucio está muerto, su cadáver continúa emitiendo hedor aún hoy. La influencia de su veneno está todavía muy extendida.* La llegada al poder del actual mandatario, Xijinping, impulsor del nuevo *sueño chino*, ideario amplio y ambicioso que pretende en continuidad con antiguos proyectos *sinificadores* fortalecer las conocidas como *características chinas,* permitió una recuperación del proyecto confuciano en un intento por renovar la cultura, afianzando la propia identidad. La visita en noviembre del año 2013 de Xi a Qufu, ciudad natal de Confucio, marcó un antes y un después. Sacrificios y algunas ceremonias suprimidas antaño volvieron a ser rescatadas, sin que los nuevos gestos permisivos tuvieran obligadamente que interpretarse como una identificación del partido comunista con el neo-confucionismo. No van por ahí los tiros, pero sí, este tipo de gestos, representan el surgimiento de una conciencia que desea poner el pasado al servicio del presente. El pueblo necesita de una ética para no pisotearse en la selva de la competitividad y ahí es donde entra el código moral del estudiante, preámbulo del buen ciudadano.

Sin duda los tiempos han cambiado y a ojos europeos la presión que siguen viviendo los jóvenes chinos puede parecer desmesurada, sobria o excesivamente espartana. Focalizados en el estudio a un nivel sin parangón en occidente alguien pensaría que desperdician su juventud, pero como tantas cosas en la vida todo depende de la orilla desde la que se mire, aunque una cosa parece clara, China sigue empeñada en su búsqueda de la excelencia, con la certeza de que es imposible que una nación germine sin la ascética del tesón y el esfuerzo, y bajo la convicción de que algunas etapas de la vida, en las que no hay regresión, son determinantes para el futuro de las personas y el pueblo.

(Publicado en RELIGION Y ESCUELA 343)

huellas

Alfonso Borrego

αποροφοβια

COMENZAR SIN COMIENZO

Con paso firme se pasea la injusticia.
Naciones con naciones se disponen a dominar.
La violencia y las guerras son su garantía.
Y el mercado común son su provisión:
¡Estar hecho para el beso dentro de la Humanidad
y hallar cerrado el abrazo que ya no encontrarás;
beber el rocío de la mañana y las sombras de la noche!
Aquí la herida, aquí el grito y la ruptura por las venas.
¡Oh la pobreza, ojos sin mirada lloran sin llorar,
y maldita lo es si las lágrimas solo son agua, agua que se va!
Guarida sin casa donde se entra y nunca se sale:
¡siempre pequeño, siempre pobre, siempre excluído!

«Los nadies: los ningunos, los ninguneados,
muriendo la vida, los jodidos, rejodidos.
Que no son aunque sean.
No son seres humanos, sino recursos humanos.
Que no tienen cara, sino brazos.
Que no tienen nombre, sino número.
Que no profesan religión, sino superstición.
¡Los nadies que cuentan menos que la bala que los mata!»

Saludo a los que vienen y viven la pobreza:
perdidos, heridos, hundidos, sin nombre
y con el mayor fracaso posible de dicha;
¡pero la perdición jamás es rendición!

¡Pobres de la pobreza arriba de una vez!
¿Estás apurado pero no apocado?
Abre, valiente, tu proclama a la que has de responder.
¡Enfréntate al invierno o invierno vas a ser!

No te rindas, aún estás a tiempo,
de alcanzar y comenzar de nuevo,
aceptar tus sombras, enterrar tus miedos,
liberar el lastre, retomar el vuelo.

No te rindas que la vida es eso:
perseguir con tesón tus sueños,
destrabar a tiempo el tiempo,
destapar las nubes del cielo.

No te rindas, aunque el frío te queme,
aunque el miedo muerda,
aunque el sol se esconda,
que aún hay fuego en tu alma.

Porque la vida es tuya y tuyo el deseo.
Porque ya has llorado el tiempo que te tocó.
Porque la experiencia de las heridas fortalece el alma.
Porque la voluntad es grande y te quiero.

¡Feliz decisión en tal disposición:
vivir la vida y aceptar el reto,
recuperar la risa y ensayar un canto,
desplegar las alas e intentar el vuelo!

Todo lo sabido sea bien aprendido
para el nuevo comienzo de cada día
porque será la hora y el mejor momento.
Porque no estás solo, porque te quiero

reseñas

APOROFOBIA, EL RECHAZO AL POBRE

Sostiene Adela Cortina que la base de la mayor parte de formas de exclusión social es el rechazo a los pobres, a los que parece que no tienen nada que ofrecer a cambio. Sin embargo, esa realidad ha resultado en buena parte invisible a la humanidad porque no se contaba con un término para nombrarla. Con el fin de hacerla visible y así pensar sobre ella y combatirla, en 1995 Cortina acuñó el término «aporofobia», que pronto hizo fortuna y ya está admitido por la Real Academia Española.

En la primera parte de este ensayo se nos presenta el concepto y su estrecha relación con los delitos y discursos del odio. Aquí Cortina se introduce en el espinoso conflicto entre la libertad de expresión y el derecho a la autoestima. Al hacerlo desde la perspectiva de la ética cívica, que hilvana todo el libro, aporta un valioso punto de vista que no siempre está presente en los análisis jurídico-constitucionales de ese conflicto de derechos.

En la segunda parte, y siempre al hilo de la reflexión sobre el fenómeno universal del rechazo al pobre, trata de las bases biológicas de nuestros comportamientos morales. No tiene problema en asumir que «nuestro cerebro es aporófobo» por su evolución neurológica a lo largo de la historia pero, al mismo tiempo, afirma con rotundidad la capacidad del ser humano para superar esa dificultad. Al tratar de la conciencia moral reconoce igualmente la fuerte impronta que ejercen en ella tanto la biología como la sociedad, pero también identifica los rasgos que escapan a esas causas y que la constituyen como base de nuestra libertad.

Cortina también se interesa por las propuestas de «mejoramiento moral» a partir de intervenciones genéticas, neurológicas o farmacológicas que vienen proponiéndose en los últimos años como medio para que los seres humanos obremos el bien. En lugar de rechazar de plano esas propuestas, las analiza y señala sus limitaciones y riesgos, para acabar defendiendo la superioridad de la educación y de la libertad humana como los medios más genuinos para la mejora moral.

En la tercera parte, la filósofa valenciana se pregunta qué debe entenderse por pobreza, si esa condición es o no evitable, si luchar por superarla es una cuestión de derechos o de pura utilidad social, y si la meta es eliminar la pobreza o también superar las desigualdades económicas. Presta atención particular a un grupo concreto y numerosísimo de pobres: a los inmigrantes necesitados y a los refugiados políticos que, por millones, llaman a las puertas de Europa sin recibir una respuesta alentadora. Cortina defiende que la respuesta que cabe dar a ese drama, porque es la única la altura de nuestra condición humana, es la

hospitalidad cosmopolita, entendida como virtud moral y deber jurídico.

A lo largo de todo el libro la autora insiste en que la pobreza no es solo un desafío al que cada persona debe responder, sino una grave injusticia que, como ciudadanos, tenemos el deber de superar.

Para lograrlo, los principales recursos son la educación y las prácticas sociales y políticas capaces de generar instituciones igualitarias e inclusivas.

TIEMPOS CONVULSOS

(España 1959 - 1980)

Ana María Castillo Moreno ejerce como maestra de Primaria en Mérida, localidad donde reside. Escritora de poesía y narrativa (novela, relato, cuentos para niños).

Esta obra ofrece una mirada distinta de la posguerra y la Transición española a través del hilo argumental de una serie de historias entrelazadas. Los personajes han de hacer frente a los enormes obstáculos que la sociedad de la época impone, llegando algunos a perder la vida. Tiempos tormentosos en los que nada es lo que parece.

La novela, perfectamente documentada en la historia y realidad de aquel tiempo, refleja el ambiente político, religioso y cultural del momento: la emigración, la clandestinidad, la lucha contra la dictadura, la gestación de ETA y el estallido de la violencia. Y, especialmente, el importantísimo papel de los movimientos obreros y estudiantes cristianos (HOAC, JOC y JEC) en la lucha pacífica por la justicia social.

Tiempos muy difíciles, para no olvidar, tanto en la sociedad como en la iglesia. El que olvida o menosprecia la historia, está llamado a repetir errores.

Sin duda alguna, Ana María Castillo ha hecho un trabajo espectacular en su novela histórica, muy documentada, tanto en la escucha oral de los protagonistas de aquellos tiempos que todavía viven, como en la amplia documentación de manuscritos, boletines, libros... todavía guardados en muchas diócesis españolas en los archivos de la JOC, HOAC y JEC..

Ana María ha hecho justicia, con su novela, a unas .personas y sus organizaciones, que asumieron con valor un protagonismo de cambio en aquellos momentos tan difíciles de nuestra historia y que merecen ser recordados, ya que muchos de ellos siguen trabajando seriamente y con las mismas motivaciones de antaño por la sociedad y la iglesia.

Un toque de atención a nuestros responsables jerárquicos, los Obispos, que hace una veintena de años, a petición de estos movimientos, sacaron un documento manifestando que la Pastoral Obrera debería ser prioritaria en la iglesia española. Pero que pronto, quedó olvidado en el baúl de los recuerdos. Y, para los sacerdotes, los seminarios que forman futuros presbíteros... qué bien harían enseñando el método de Revisión de Vida, para que al formar lo hicieran en la vida, por la vida y para la

vida, como lo hizo JESÚS en su existencia pública.

Qué bien harían en conocer estos testimonios que nunca debieron ser olvidados y, mucho menos, despreciados.

Los que hemos vivido aquella época al toparnos con aquellos militantes, tenemos que afirmar rotundamente, que los movimientos y sus gentes formaban, en su mayoría un GRUPO PROFÉTICO, en el buen sentido de la palabra, pues profeta no es el que predice el futuro, sino el que desvela el presente en el espesor de la vida diaria y el misterio de la fe.

En aquellos tiempos de falta de libertad, de atropello de los derechos humanos, de violación de la justicia social, los militantes de los movimientos apostólicos apostaron como nadie por la Libertad, la Dignidad, la Paz y la Justicia. Y, también por dar voz a los sin voz.

Como en esa carta que gracias al trabajo e intercesión de un consiliario vasco de la JOC, llegó al Santo Padre en Roma.

Transcribimos una parte de ella por su importancia y contenido:

«Santo Padre, somos algunas mujeres que nos hemos reunido en un poblado pobre de Brasil. Yo que le dicto esta carta a una religiosa porque no se escribir, me llamo Mariella, tengo doce hijos. A mi lado está Patricia, que tuvo catorce hijos de los cuales siete han muerto. También está Eva soltera. Eva es la que me ha dicho que usted ha venido a pasar unos días en un país no muy lejano del nuestro y que ha dicho dos cosas:

--Que era necesario tener hijos y no hacer nada para evitarlos. Evitarlo sería un pecado.

--Que los pobres, incluso si se les aplasta, se les mata, no deben revelarse. Deben solamente reclamar sus derechos. Parece ser que usted condena a los que luchan por nosotros en las montañas. Aquellos que intentan paralizar las manos que nos estrangulan, así como a nuestros hijos.

Ante esto nosotros queremos escribirle porque hemos visto una fotografía de usted en la que está de pie en un bonito coche rojo, con un traje blanco, un manto rojo y un sombrero negro y dorado. Al verlo ahí, en un coche tan limpio y resplandeciente en una ciudad en la que rápidamente (antes de su llegada) han quitado 4.000 niños que estaban abandonados por las calles, para que no los viera usted, hemos dicho que nosotras, pobres mujeres, con el peso de nuestras vidas, sabíamos seguramente muchas cosas que usted no sabe y hemos decidido decírselas hoy a la cara.

En el evangelio que, a menudo, nos leen las religiosas, veo que Cristo amaba la pobreza. Pero no soportaba la miseria de los hombres.

Hay una diferencia entre ser pobres y no poderle dar a tu hijito nada más que un poco de agua con azúcar. Entonces las mujeres de Brasil le decimos a usted dos cosas:

--Estamos hartas de nuestra vida de miseria. Tomaremos los medios que nos parezcan justos para evitar la muerte de nuestros niños.

--¿Cuando dirá usted a los ricos que están en pecado cuando prestan dinero al 10,15,20,25 por ciento y más?.

Y sobre todo, queremos saber ¿cómo esta usted de dinero en el Vaticano y de dónde viene ese dinero? Explíquenos claramente de dónde viene ese dinero y para que sirve.

Es porque creemos en Cristo con todas nuestras fuerzas, que lo hablamos y que rogamos por usted, por amor a Él, el Misericordioso, que tiene hambre, que está desnudo. Es por su Espíritu, que le escribimos todo esto para que sepa la Verdad y para que hable usted como en el Evangelio».

Mariella y un grupo de mujeres de un poblado pobre de Brasil.

No es cuestión de desvelar más rasgos del libro, hay que leerlo entero, son más de 400 páginas, que cuando uno empieza lo lee casi de un tirón. Un libro que remueve conciencias, como hacia Jesús en el evangelio.

Gracias Ana María por esta joya. ¡Ojala te animases a escribir otro parecido, sobre el Movimiento Rural Cristiano y el Júnior (MIDADEM) de niños y niñas que existieron y todavía perduran en muchas diócesis españolas.

Solicítala en
edicioneshoac.es
publicaciones@hoac.es 91 701 40 80
Y en las principales librerías

QUIÉNES SOMOS

MOCEOP es un grupo de creyentes en Jesús de Nazaret ---surgido como movimiento hacia 1977 en torno al fenómeno de los curas casados y a las esperanzas de renovación originadas por el concilio Vaticano II--- que reivindicamos que el celibato sea opcional.

Personas afectadas, más o menos directamente, por la ley del celibato (sólo el varón soltero puede acceder a desempeñar las tareas de presidencia de las comunidades católicas); **y creyentes que han sintonizado con esta reivindicación.** El aspecto reivindicativo (***celibato opcional***) fue el aglutinante inicial; **la evolución posterior y la reflexión comunitaria nos han ayudado a ampliar perspectivas.**

NOS SENTIMOS MOVIMIENTO

Nuestra **organización es mínima** y funcional: lo que nos une son unas convicciones que consideramos básicas en nuestro caminar:

+ **La vida** como lugar prioritario de la **acción de Dios**
+ **La fe en Jesús** como Buena Noticia para la humanidad
+ **La libertad y la creatividad** de las comunidades de creyentes
+ **La pequeña comunidad** como el entorno en el que vivir la comunión
+ Los llamados **"ministerios eclesiales"** como servicios a las personas y a las comunidades, nunca como un poder al margen ni por encima de ellas.

ESTAS SON HOY NUESTRAS COORDENADAS

La transformación de nuestra Tierra en un mundo más humano y solidario (*Reino de Dios*) nos importa más que los entornos eclesiásticos.

Las causas justas: ecología, solidaridad, pacifismo, derechos humanos. El Evangelio como *Buena Noticia*: ilusión, esperanza, sentido de la vida

+ **Somos iglesia y queremos vivir en ella de otra forma**: comunidad de creyentes en construcción y al servicio de las grandes causas del ser humano; en búsqueda, en solidaridad y en igualdad

+ **No queremos construir algo paralelo ni en confrontación con la iglesia: somos una parte de ella,** en comunión. Buscamos la colaboración con otros colectivos de creyentes (***Redes Cristianas***), para compartir y celebrar nuestra fe.

APOSTAMOS POR

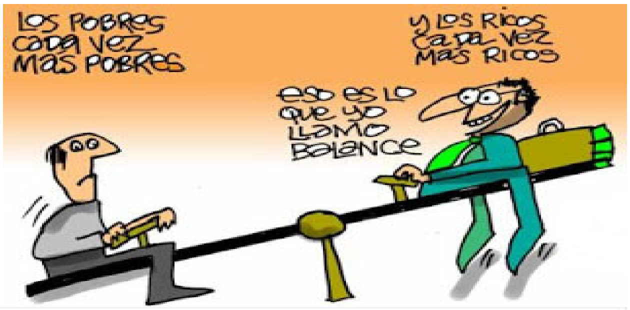
+**Ser acogedores** y acompañar a quienes se sienten **excluidos y perseguidos**
+**Plantear alternativas**, con hechos, a la actual involución eclesiástica
+ Defender que la **comunidad está por delante** del clérigo
+ Favorecer por cualquier medio la **opinión pública y la participación en la iglesia.**
+ Defender que **la persona es siempre más importante que la ley**
+ **Colaborar** con otros grupos de base que luchan **contra la exclusión.**
+ Defender que los ***ministerios*** **no deben estar vinculados** ni a un género ni a un estado
+ Estar cada vez más **abiertos** a las luchas por **la justicia y la solidaridad**
+ Cuestionar cuanto sea necesario en búsqueda de la coherencia con el evangelio
  - — Buscar juntos y con quienes deseen buscar: clarificarnos, vivir, compartir.
  - — Aportar, desde nuestras convicciones, cauces para la vivencia de la fe
  - — Servir de referente para quienes viven la fe desde la frontera.
  - — Valorar lo secular: participar en asociaciones que creen ciudadanía

EL pelícano

LA PANDEMIA AGRAVA LA POBREZA EN ESPAÑA

LA COSA DE LA GENÉTICA ES ALGO INCREIBLE, HA SALIDO IGUAL DE POBRE QUE NOSOTROS.
El roto

El producto mejor terminado del capitalismo..
Es el pobre de derecha


LOS POBRES CADA VEZ MAS POBRES
Y LOS RICOS CADA VEZ MAS RICOS
ESO ES LO QUE YO LLAMO BALANCE

¡ALGÚN DÍA SE DARÁ MÁS VALOR A LA CULTURA QUE AL DINERO!
¿NO SON ALGO INGENUAS TUS IDEAS, FELIPE?
¡INGENUAS NO! ¡SON PELIGROSAS!

Espera Felices los pobres n

Felices los pobres, suyo es el mundo
de las personas, la fraternidad,
la alegría, la solidaridad
y la paz que da bienestar profundo.

¡Pobres ricos, sólo tienen dinero!
Felices son los pobres sin codicia,
con un corazón libre de avaricia;
sólo el amor se lo mantiene entero.

Feliz la dignidad de la pobreza,
que sobra todo lo no necesario;
la libertad es la mayor riqueza.

Con un desprendimiento voluntario,
la sencillez se vuelve fortaleza
y destino feliz humanitario.

Deme Orte